

tua del *Pudor*. De cualquier modo, es bellísima, y Florencia la saludó con un grito de entusiasmo el día que fue expuesta al público, llamándola *Venus Itálica*; esto es, adoptándola como hija de la Nación y digna rival de las Venus griegas.—Ya veremos nosotros dentro de poco si la escultura de Canova puede compararse con la de Cleomenes... ¡La *Venus de Médicis* ha vuelto á Italia, y nos espera en la tribuna de *Uffizi*!—Volemos en su busca.

La *Galeria degli Uffizi* es mucho más rica, mucho más variada, mucho más célebre que la que acabo de describir.—Por eso rara ha sido la mañana que no la he visitado al paso, al ir ó al volver de *Pitti*, sin contar los días que he entrado en ella á las once de la mañana y no he salido hasta las cuatro de la tarde.

En *de gli Uffizi* hay 1,800 obras de arte; pero no ya solamente Pinturas, sino tambien Esculturas magistrales antiguas y del Renacimiento, Bronces, Vasos, Camafeos, un Museo Etrusco, Piedras grabadas, Piedras preciosas, trabajos en Marfil, Inscripciones, etc.

Entre las Pinturas, que pasan de 1,200, figura una coleccion de *Cuatrocientos Retratos de pintores, pintados por ellos mismos!*...—Esto os dará idea de la importancia y riqueza de aquella Galería, fruto del amor de los Médicis á las Bellas Artes: amor que heredaron, como una tradicion patria, las otras dinastías que han reinado despues en Florencia.

La obra maestra, la primera maravilla de *degli Uffizi*...; pero, ¿qué digo? la obra maestra del arte en general; la primera maravilla del mundo, al decir de la mayoría de los críticos; la joya de Florencia; la que por sí sola atraeria innumerables peregrinos á esta ciudad, es la *Venus de Médicis*, esculpida en Atenas, cerca de dos siglos antes de la venida de Jesucristo, por el célebre Cleomenes, hijo del gramático Apollodoro, y encontrada hace 300 años en Tívoli, cerca de Roma, en la *villa-Adriana*, donde estaba sepultada bajo escombros seculares, como tantos otros prodigios artísticos de la antigüedad.

«La *Venus de Médicis* (llamada así porque la adquirió Florencia en tiempo de un gran duque de esta familia) es (dicen los florentinos) á las demás Venus, lo que Venus era á las demás diosas.» Tambien puede aplicarse á ella lo que decia Ovidio de la Venus de Praxiteles que se veneraba en el templo de Gnido: «que si estaba inmóvil, era solamente porque la magistad divina se lo exigía.»—Roma y Nápoles poseen otras Venus griegas de extraordinario mérito; pero declaran desapasionadamente que son inferiores á la *de Médicis*: no asi los franceses, que insisten en asegurar que la *Venus de Milo*, preciosísima joya del Museo del Louvre de París, es la verdadera Emperadora de estas Reinas de la hermosura.—Yo admiro tambien entusiastamente á la *Venus de Milo*...; pero, considerándome sin competencia para fallar, me adhiero á la mayoría..., y á la minoría.

Reconociendo, pues, aquí con la generalidad de los que han visto am-

bas maravillas, que la *Venus Médicis* es la más bella obra del arte, imaginaos cuánta habrá sido mi emoción al contemplarla.—Si tanta satisfacción, si tanto orgullo causa al hombre el encontrarse en cualquier extremo material ó moral; si tanto me ufané hace dos meses porque tenia delante el monte más alto de Europa; si tanto se engríe el que ha visto la muerte de cerca, el que ha avanzado hácia los Polos más que ningun otro navegante, el que ha tenido en la mano el primer libro que se imprimió, el que ha subido á la torre de Strasburgo, el que ha saludado la Pirámide de Cheops, el que ve al Papa, el que sufrió dolores inauditos; si tanto respetamos las supremas gerarquías de la prioridad, del tamaño, de la distancia, del peligro, de la vejez, del infortunio, del poder, de la novedad, de la rareza... ¡cuánto más no debe envanecernos el haber admirado el extremo de la hermosura, la suprema gerarquía del arte; el ver el límite del genio humano; el contemplar el modelo de la belleza mortal; el conocer, en fin, á la mujer de piedra á quien han dicho tantas generaciones:—Tú eres la perfeccion de la forma; tú eres más hermosa que todas las beldades amadas por los hombres; tú eres el noble tipo de la mujer ideal, la Eva del deseo, la Helena de los poetas, la madre del Amor!

De dos maneras hay que considerar á la *Venus de Médicis*: como mujer y como escultura, ó sea como modelo y como ejecucion.

Empezando por figurárnosla como criatura viva, diremos que es de mediana estatura, quizás algo pequeña (4 pies, 7 pulgadas y 8 líneas); jóven, muy jóven, pero bastante adolescida (lo que son las griegas á los 15 años); no delgada, pero fina, ática, sóbria de contornos; correcta y pura en la plenitud de sus hechizos; esbelta y voluptuosa.—Está completamente desnuda, de pie, en una púdica actitud, tratando, sin conseguirlo, de ocultar con sus manos (1) los tesoros de su cuerpo. Su rostro es un prodigio de hermosura...; pero ¿qué digo? ¡toda ella parece modelada por las Gracias! ¡Qué suavidad de contornos! ¡qué armonía de proporciones! ¡qué morbidez! ¡qué magestad y precision de líneas!

Yo no sé dónde está la norma de la hermosura humana. Digo más: yo he dudado alguna vez de que haya reglas que presidan al gusto, y hasta he respetado la estética de los chinos, de los etiofes y de los indios de América.—Pero ahora me arrepiento de haber sostenido tales paradojas, y creo firmemente que la raza caucasiana es el prototipo del género humano. (¿Por qué no ha de serlo en lo físico, si lo es en lo moral?)—El bello ideal de la mujer ha de residir, pues, en el gusto de esa raza, y aún me atreveria á decir que ese gusto es un instinto de nuestros ojos.—Ahora bien, la *Venus de Médicis* es el modelo abstracto de la hermosura femenina, tal como la concibe la imaginacion de los europeos; tal como nos la reveló la naturaleza al florecer nuestra juventud; tal como la persiguen artistas y cantores; tal como Dios debió de fijarla al crear á nuestra madre Eva.

Considerada como estátua, la *Venus de Médicis* es todo lo que hemos

(1) Los brazos han sido restaurados.

dicho; ¡todo eso... fingido en mármol!—Hé aquí el resúmen de su elogio.—Créyérase, sin embargo, que la ficcion es la piedra, no la mujer.—Quiero decir que se duda de que tal piedra exista.—Aquel ser alienta; aquella carne palpita; aquellos dintornos no están friamente precisados; aquella figura está *compuesta*, *colocada* por sí misma.—Tanta armonía no puede ser prestada. Tanta belleza no puede ser agena.—Así es que llevais la mano á la beldad con púdico temor, creyendo que va á sentirlos, que vais á ofenderla, que va á moverse, que puede huir, y os asombra tocar el duro Paros, sentir el frio de la mentira, como otras veces habreis sentido el de la verdad, y convenceros de que la *Venus de Médicis* no existe: que sólo existe, ó por mejor decir, existió hace dos mil años, un escultor que se llamó Cleomenes, el cual fue, como si dijéramos, el Rafael de una Religion que nadie profesa ya sobre la tierra.

Tan singular portento no se halla solo en la *Tribuna degli Uffizi*.

Aquella *Tribuna* es una especie de santuario del arte, en que se han reunido, para que hagan compañía á la obra soberana de Cleomenes, otras cuatro Estátuas griegas, escogidas entre las muchas que encierran las demás Salas, y veinte ó treinta Cuadros, que son otras tantas joyas de la Pintura, escogidas tambien entre cientos y cientos de obras capitales.

Las estátuas son tan famosas, que basta nombrarlas para que los amantes del arte compredan cuánto habré yo gozado en aquel maravilloso recinto.—Allí está el célebre *Apollino* de Praxiteles...—Allí el *Arrotino* (amolador), que otros llaman el *Espia*.—Allí los renombrados *Luchadores*.—Allí el *Fauno bailando*, admirablemente restaurado por Miguel Angel...

¡Cuánto pudiera decir de cada una de estas inmortales Estátuas, tan perfectas, tan vivas, tan elocuentes, tan simbólicas!

De los Cuadros que cubren las paredes, citaré solamente algunos, deteniéndome á hablar de muy pocos.

El primero que fijó mi atencion, por el contraste que hacia con la *Venus de Médicis*, fue una *Venus* de Ticiano, toda desnuda, tendida en un revuelto lecho, pintada con aquel prodigioso color en que no tiene rival el ilustre artista, bella sobre toda ponderacion, y superior en mi concepto á todas sus demás *Venus*.—En cuanto al contraste que he indicado, consiste en que la *Venus* del pintor cristiano es sumamente sensual, pagana, lúbrica..., mientras que la del escultor gentil es pudorosa, tímida y recatada, segun dejamos dicho. En aquella predomina la materia: en esta predomina el espíritu. La una habla á los sentidos: la otra á la imaginacion. La florentina es la hermosura natural: la griega es el ideal del arte.

Tambien encierra la *Tribuna* seis cuadros del divino Rafael, que son: un *Retrato de una mujer*, que parece hermana mayor de la *Magdalena Doni* del Palacio Pitti;—una magnífica y muy bien conservada repeticion del *Retrato de Julio II*;—la *Madonna del Cardenillo* (del Gilguero); ani-

ñada, más que modesta; sublime, sin embargo, y para la cual debió de servirle de modelo la menor de las *Doni*;—el conocidísimo *San Juan en el desierto*, y digo conocidísimo, porque hay muchas copias de él en Europa (copias hechas en el mismo taller de Rafael por sus ilustres discípulos, y tan parecidas al original, que llegaron á confundirse con él);—la *Madonna del Pozo*, acaso la ménos bella de todas las que creó el de Urbino, y muy parecida á la mayor de las hermanas *Doni*;—y, últimamente, un *Retrato de mujer*, que unos dicen ser la *Fornarina*, mientras que otros lo niegan, no faltando quien dude que sea obra de Rafael.

Si es ó no la *Fornarina*, ya lo juzgaremos por nosotros mismos cuando veamos en Roma retratos incontestables de aquella célebre belleza. En cuanto á si es ó no de Rafael, yo soy de los que se inclinan á negarlo. El pintor de las Virgenes no dió nunca muestras de ser gran colorista, y la *Fornarina* de *Uffizi* es un prodigio de *color*. Como quiera que sea, la figura de que hablamos es una hermosísima mujer y una hermosísima pintura. En la mujer no se cansa uno de admirar los negros y ardientes ojos, la altiva y serena frente, la cariñosa boca, las formas atrevidas del talle, aquellas trenzas negras coronadas de mirto, y aquella suave tez de los brazos y del cuello, bajo la cual parece que se ven fluir torrentes de calorosa sangre. En la pintura todo es perfecto: el dibujo, el color, el movimiento de la figura, la piel de pantera que pende de uno de sus hombros, el *tono* de las carnes, y muy principalmente aquella inteligencia magistral del claro-oscuro, que hace destacarse del cuadro á la beldad, hasta el punto de que cree uno posible envolverla y estrecharla entre sus brazos.

Mencionaré, por último, entre los demás cuadros que adornan aquel lugar, una *Sagrada Familia* de Miguel Angel; tres *Escenas de la vida de Cristo* por Mantegna; una hermosísima *Madonna* de Andrea del Sarto; un *San Gerónimo* de nuestro Ribera, y un retrato de *Cárlos V despues de la abdicacion*, á caballo, paseándose por la orilla de un mar alborotado; obra de Van-Dick.

En las demás Salas de la *Galeria* he admirado muy particularmente las Esculturas, y, entre ellas, el famoso *Jabali* griego; el *Baco*, el *Adonis moribundo* y el busto de *Bruto*, obras las tres de Miguel Angel; la célebre cabeza del *Fáuno*, ejecutada por el mismo á los quince años; un bellissimo *Ganimedes* antiguo, restaurado por Benvenuto; el *Orador*, gran Estátua de bronce, que unos creen romana y otros griega; el busto de *Cosme I de Médicis* y el *Casco* y el *Escudo* de Francisco I, por Benvenuto Cellini; y finalmente, el renombrado *Mercurio* de Juan de Bolonia, uno de los mayores prodigios de la escultura del Renacimiento.

De las Pinturas que encierran aquellas salas, no diré una sola palabra: tánto es lo que se me ocurre decir; tan innumerables son las que allí he admirado.

Tampoco hablaré de un tercer Museo de Florencia (el de la *Academia de Bellas-Artes*), lleno tambien de maravillas; ni del *Cenacolo de Foligno*,

atribuido á Rafael; ni del *Museo Etrusco*; ni del *Egiptio*; ni de siete *Bibliotecas* públicas, en que hay millares de tesoros en libros raros, en manuscritos, grabados autógrafos... etc., etc.

Y no hablaré de nada de esto (y en adelante seré más parco en descripciones y enumeraciones de obras de arte), porque no se me oculta que este libro se desnaturaliza y que la relacion de mi viaje se amane- ra.—Nada más natural; y á todo el que recorra la Italia le acontecerá lo que á mí me ha sucedido.—Italia es un vasto museo, en el cual el hombre mas indiferente al arte (y yo no lo he sido nunca, á Dios gracias) acaba por aficionarse á él de tal modo, que se olvida de la naturaleza, de las costumbres, de la política, de todas las demás cosas que se proponia estudiar en esta tierra, para no pensar más que en estatuas, cuadros, monumentos y antigüedades de todo género.—Y es el caso que á medida que se baja por la Península, estas antigüedades, estos monumentos, estos cuadros y esculturas son mayores en número é importancia. Despues de Florencia... Roma, el panteon de los siglos: despues de Roma..., Nápoles, reflejo de la Grecia, y teatro hoy de la resurreccion del mundo pagano, cuyos espectros de mármol se alzan todos los dias de entre las cenizas de la muerta Pompeya y del sepulcro de lava que encierra el cadáver de Herculano...

Lo anuncio, pues, desde ahora (y nadie me acuse de irrespetuoso, de poco atento, de indiferente á la magestad del arte): será muy posible que en la prosecucion de este escrito me veais pasar al lado de grandes obras de escultura, de pintura y de arquitectura, sin hacer siquiera mencion de ellas, ó citándolas muy someramente, por más que yo las haya contemplado con sumo detenimiento...—¡Oh, sí! creedme... Las condiciones de esta relacion y el objeto de mi viaje se desnaturalizarian completamente si hubiera de nombrar uno por uno todos los portentos artísticos que me esperan en Roma y Nápoles, y aquellos de que no he hablado en Florencia.—Básteos saber que los Catálogos, los sucintos Catálogos de los Museos de *Pitti* y *Uffizi*, de los Museos del *Vaticano* y del *Capitolio*, de las *Galerias particulares* de Roma, del *Museo Borbónico* de Nápoles y de las *Ruinas de Pompeya*, forman otros tantos volúmenes, y que todos juntos sumarian una obra tres veces más voluminosa que la presente!

En cambio, volveré á ocuparme con preferencia de las costumbres y de la fisonomía de los pueblos que visité, asi como de los sucesos que amenicen mi viaje, lo cual no impedirá que, cuando se levanten á nuestra vista obras tan maravillosas y excepcionales como *San Pedro* de Roma, como el *Coliseo*, como el *Juicio Final* de Miguel Angel ó como las *Loggie* de Rafael, me detenga delante de ellas y les consagre algunas páginas.

Conque emprendamos el camino de la enmienda, y antes de abandonar la Capital de la Toscana, demos algunos toques más al cuadro de nuestra vida y costumbres en las encantadas márgenes del Arno.

Os decia que desde las doce hasta las tres ó las cuatro de la tarde, permanecíamos Caballero y yo en los Museos, Bibliotecas y Academias. A esta hora dábamos de mano al estudio, y nos íbamos á *Lungo l'Arno*, donde tomábamos un coche que nos llevaba á *le Cascine*.

*Le Cascine* (las *Queseras*, llamadas así de unas *lecherías* que pertenecian al Gran Duque) son en Florencia lo que el *Bosque de Boloña* en París, lo que la *Fuente Castellana* en la villa de San Isidro: el Paseo de buen tono, el lugar de cita de toda la gente que arrastra coche y de la que tiene buenos pies. *Le Cascine* se hallan al Oeste de *Florencia*, entre el Arno y el ferro-carril, y forman un vasto laberinto de alamedas, de umbrosos bosques y de praderas amenísimas en que pacen tranquilamente innumerables ganados.

Por todas aquellas calles de árboles discurren millares de ginetes y de coches. Los trenes más lujosos pertenecen á extranjeros, sobre todo á ingleses y moscovitas. Los ingleses suelen ir en *brakes*, faetones y otros grandes carruajes de campo, sobre los cuales se ven apiñados en filas, ó espalda con espalda, viejos, niños, gallardos jóvenes, criados, nodrizas, tribus enteras. Los florentinos elegantes guian esos diminutos vehículos llamados *cestos*, en los cuales corren desesperadamente como en una *regata*, ocasionándose apuestas y caídas que divierten mucho á las damas principales. Otros montan en esas jaquitas, gráficamente denominadas *ratas*, ágiles y revoltosas como verdaderos diablos, que se hallan á un mismo tiempo en todas partes, puesto que no corren, sino vuelan, y permítidme la exageración. En cuanto á los jóvenes de la clase media (de los cuales ya hablaremos detenidamente más adelante), van á *le Cascine* en omnibus por la insignificante cantidad de dos cuartos: allí se apean y pasan la tarde haciendo resonar sus espuelas ó crugiendo su látigo, como si acabasen de dejar detrás de algun árbol el caballo y el *jokey*, y luégo, entre dos luces, toman otro omnibus, que los lleva por otros dos cuartos á la *Piazza di Ognissanti*.

Pero la gran particularidad de este paseo es el alto ó parada que hace todo el mundo en un sitio llamado *il Piazzone*, delante del *Instituto Agrario*. De allí parten ó allí vuelven todos los ginetes y todos los carruajes que recorren en dispersion las varias alamedas de *le Cascine*. Allí hay todas las tardes una especie de tertulia ó de exhibicion de damas y galanes, que debe de ser sumamente grata á unas y otros. Las damas permanecen en sus coches (estrechamente agrupados), y entablan coloquios de ventanilla á ventanilla, mientras que los galanes, dejando sus caballos á los *jokeys*, discurren de acá para allá, saludando á las elegantes florentinas, recordando las conversaciones de la tarde anterior ó de la noche pasada, ó citándose para la siguiente en tal baile ó cuál teatro...

Entre aquella brillante multitud he visto dos tardes al gran poeta *Niccolini*, al Quintana de Italia, al amigo y condiscípulo de Silvio Pellico y de Manzoni.—El autor de *Giovanni da Procida* y de *Arnaldo da Brescia* es hoy un anciano octogenario, cubierto, como Rossini, de una rizada pe-

luca rubia, y adorado y venerado por toda Florencia; pues todas sus obras, y especialmente sus últimas tragedias, respiran un ardiente patriotismo que ha contribuido no poco á hacer popular en Italia la idea de la unidad.

Amenizan, por fin, aquellas tertulias de *le Cascine* las célebres *floristas* de Florencia, y perdonad la cacofonía.—Estas floristas son por lo regular hermosísimas jóvenes de los alrededores de la capital (*contadine*), lujosamente vestidas con una saya corta de vivos colores, medias encarnadas, un gabancillo redondo, y el clásico sombrero de paja, de alas amplísimas, en que cifran su mayor gala.—Hay sombrero de estos que vale 1,000 ó 1,500 reales: son finísimos, y sumamente graciosos: el ala anterior se dobla graciosamente hácia arriba: la otra ala les cae hasta la cintura.—Así corren de coche en coche aquellas discretas campesinas, con un elegante cesto lleno de flores colgado de un brazo y un ramillete en la otra mano: así asaltan á todo el mundo, ligeras como mariposas, repartiendo flores á diestro y siniestro, sin previa consulta y sin pedir nada; y se van; y luégo vuelven, y os miran, y sonrien; y vuelven á irse si tratais de devolver el ramo; hasta que al fin teneis que darles lo que se os antoja, pues las flores no tienen valor en Florencia, y entonces *la contadina* os dice algunas lisonjeras frases, y se deja requebrar un poco, y se pone lo más bonita que puede, y acabais por comprender que ella es la mejor flor de su mercado... ¡Pero ya es tarde para hacer semejantes reflexiones; pues la mariposa está lejos de vosotros, libando en otro bolsillo, ó ha emprendido, saltando y brincando, el camino de su aldea!

Al oscurecer regresábamos á *Florencia* y nos íbamos al magnífico *Gabinete de lectura de Viessieux*, donde encontrábamos periódicos españoles: de allí nos marchábamos al Hotel á hacer por la vida, y del Hotel nos dirigíamos al *Café de Italia* á esperar la hora del Teatro.

En el *Café de Italia* he contraído una amistad singularísima con uno de los séres más populares de esta capital.—Tal es el insigne *Borraschino*, llamado comúnmente el *Perro de Florencia*.—Es este un perro lobero, negro y dorado, que perteneció á un oficial austriaco muerto en Solferino. Su amo se lo dejó aquí cuando partió para la guerra, y el perro sigue esperándole, haciendo la vida que aquel hacia. Florencia, que sabe que el perro es huérfano, se ha guardado muy bien de decírselo; pero lo ha adoptado y lo cuida con particular ternura. *Borraschino* es aristócrata si los hay: almuerza en el *restaurant* de la *Ville de Paris*: va á paseo á *le Cascine* en el primer coche que encuentra al paso, con tal que huela á noble: allí se baja y pasea á pie; y luégo vuelve en otro coche particular, convidado ya á comer por algun príncipe ó duquesa. (El día que no lo convida nadie se va de fonda... Pero esto sucede muy pocas veces). Despues de comer, pide permiso para retirarse y se encamina al *Café de Italia*. Allí toma un poco azúcar con algun amigo, y anda de mesa en mesa, mezclándose en todas las conversaciones... ¡inquiriendo sin duda noticias de su amo! Los mozos de los Establecimientos se guardan muy bien de impor-

tunarle; pues el animal ha demostrado ya más de una vez, con fuertes mordiscos, el desprecio que le inspiran los criados. Desde el café se va al *Casino d' Nobili*, donde pasa la noche en vela, como verdadero elegante, y á la madrugada se duerme sobre algun sofá, en compañía de los jugadores y calaveras de buen tono.

*Borraschino* me fue presentado en el *Café de Italia*; yo le convidé á helado y barquillos, y desde entonces no ha dejado de saludarme donde quiera que me ha encontrado...—Por lo demás, esta broma de toda una poblacion me ha parecido muy seria. ¿Qué significan tantas muestras de amor hácia un perro tudesco? ¿Es una tímida expresion de afecto á la autonomía de Florencia, perdida en la misma guerra en que murió el amo de *Borraschino*?—¡No quiero creerlo! La pensadora Toscana da muestras todos los dias de hallarse contentísima bajo el cetro de Víctor Manuel. Y ¿como no? La unidad italiana era hace mucho tiempo el bello ideal de los florentinos, expresado por todos sus artistas, poetas y escritores. Asi es que Ricasoli, *luogo-tenente-generale* del ex-Gran Ducado, no encuentra entorpecimiento alguno en la opinion pública al gobernar en nombre del Rey de Italia.—El amor á *Borraschino* será pues, mera poesía...

En el *Café de Italia* he hecho algunas otras observaciones y averiguado más de cuatro cosas.—Son las siguientes:

La clase media de Florencia es avara, y, si no avara, sumamente económica, y, si no económica, demasiado pobre para su educacion y sus necesidades.—Como quiera que sea, hay una infinidad de jóvenes en la poblacion que llevan una vida casi elegante á muy poca costa; ¡por 40 ó 42 reales diarios!—Hay que advertir que *Florencia* es extraordinariamente barata, sobre todo para los florentinos, como si estos hubiesen pactado ayudarse unos á otros á fin de poder hacer á los ojos de los extrájeros un mentido alarde de la antigua grandeza.)—Ya os he dicho que van por dos cuartos á *le Cascine* y que vuelven por otros dos. Ahora bien: en el *Café de Italia*, que acaso es el mejor de la Capital, almuerzan café con leche y pan, por tres ó cuatro cuartos; comen por un franco...; y aún hay Cafés y Restaurants en que se come mas barato); van al teatro por dos ó tres reales; fuman casi de balde (y asi resulta ello); y hasta refrescan... y se convidan á sí mismos á media copa de tal ó cual licor... sin salirse del presupuesto de las tres pesetas.

Consecuencia de esta refinada economía es que, cuando pedís algo en un Café, el mozo os replica en seguida: «*Mire usted que eso cuesta tanto.*»—Es observacion que he hecho en todos los Cafés de Florencia.—En cuanto á los pobres, piden de limosna un *céntimo*..., moneda imaginaria en otros paises, pero contante y sonante en la ciudad de los Médicis; y un *soldo* de *propina* arranca un saludo al más finchado servidor.—Bien que la oficiosidad ó *serviciosidad* (palabra recién-nacida) de los florentinos pobres corre parejas con su avaricia. La nimia division del dinero ha traído consigo una nimia division del trabajo. Yo no tenia idea de oficios tan menudos, de servicios tan ténues como los que se prestan en *Florencia*.—Los fran-



ceses, con todo su ingenio mercantil, no han llegado ni con mucho á las *prévenances* interesadas de los vagos de esta ciudad. Pondré algunos ejemplos: Si vais á entrar en una casa, se os adelanta un hombre, que no sabeis de dónde sale; se quita el sombrero; os saluda artísticamente, diciéndoos: *Excelencia, no se incomode...*, y tira por vos del cordon de la campanilla, despues de lo cual os hace otra reverencia y os alarga la mano..., añadiendo, si os quedais asombrado: *Cualquier cosa... ¡un céntimo!*—A mí me ha sorprendido un raro personaje, en el momento de ir yo á sacar el reloj para ver la hora..., y me ha dicho: *Escuse: no se incomode: son las siete y dos minutos. Déme cualquier cosa...* ¡Y me mostraba abierto un reloj de oro que marcaba la hora subsodicha!—Otro señor muy bien portado me ha detenido á la puerta de un teatro, con el sempiterno *escusa*; ha sacado un pañuelo del bolsillo; me ha limpiado el polvo de las botas y me ha dicho: *Como usted quiera...*: esto es; si usted quiere me da algo, y sino, lo deja.—Podria citar cien casos semejantes.

Digámoslo de una vez: *Florenzia* es un pueblo parásito, que se nutre de los extranjeros. ¡Yo creo que hay establecida en la Toscana una vasta asociacion cuyo solo objeto es explotarlos!...—Podrá ser casualidad; pero oíd lo que á mí me ha sucedido.

Cuando visitamos en Liorna el *Bazar Oriental*, pregunté si habia alguna pequeña piedra dura con el nombre de *Dios* grabado en árabe (cosa muy comun en Oriente), á fin de montarla en una sortija.—Dijéronme que no; pero que podria encontrarse.—Yo repliqué que dejaba en aquel instante la ciudad.

—Y ¿á dónde se dirige usted? me preguntó el comerciante.

—A Florenzia, le respondí.

—Tal vez allí la encuentre usted, exclamó un jóven que habia entrado en el *bazar* poco despues que nosotros.

Pues bien: á los cuatro dias, hallándome en *Florenzia*, en el Gabinete de Lectura que he citado, llegóse á mí un caballero y me dijo:

—¿Quiere usted comprar una *incisione* árabe para una sortija, con el nombre de *Dios*?

Imaginaos mi sorpresa.

—Veámosla, le contesté.

La inscripcion no era árabe, sino judía... ; *Vade retro!*

No compré, pues, la *incisione*, ni el hombre me quiso declarar que hubiese recibido carta alguna de Liorna anunciándole mi deseo.

En cambio, me hizo esta otra proposicion:

—Su compañero de usted tiene un magnífico gaban blanco...

Lo decia por Caballero.

—Es verdad, le respondí.

—Ayer lo llevó al teatro... (repuso él). ¿Quiere usted comprar otro que yo tengo exactamente igual al de su amigo?

—No, señor.

—Así irían ustedes iguales...

—No tengo empeño en ello.

—¡Lo cambio!

—Déjeme usted en paz.

—*Escusa...*

Aquel hombre iba al día siguiente por *le Cascine* en compañía de un joven muy elegante, en un coche particular sobre cuyas portezuelas se veía una corona de marqués.

—¿Quiénes son aquellos dos señores? le pregunté á una florista.

—El uno es el marqués de... tal.

—Bien... Ese es el dueño del carruaje. ¿Y el otro? ¿El del gaban blanco?

—El conde de... cual.

Y á propósito: No sé si sabreis que la mitad de los italianos son principes, duques, condes ó marqueses. Esto consiste en que todos los hijos de título usan á un mismo tiempo de él; y despues los hijos de estos hijos; y así continúan las dinastías... hasta venir á parar en el limpia-botas de la *Loggia de Lanzi* ó en el gitano del Gabinete de Lectura.

Desde el *Café de Italia* nos íbamos por lo regular al *Teatro Niccolini*, llamado así del nombre del gran poeta que ya conocemos.

En el *Teatro Niccolini* actúa una compañía francesa, que representa medianamente comedias y *vaudevilles*. El público se compone generalmente de todos los extranjeros residentes en Florencia, los cuales acuden al reclamo de la lengua universal.

La mayor parte de los otros ocho teatros que contiene la ciudad, están todavía cerrados; entre ellos el de la *Pergola*, que es el santuario de la música.

Finalmente, desde el Teatro nos veníamos al Hotel, donde, al amor de la lumbre, Caballero y yo nos servíamos recíprocamente de tertulia, ora en su cuarto, ora en el mio, con asistencia de Jussuf, que preparaba el té con más habilidad que una *lady*.

En esas horas distraíamos nuestra soledad de extranjeros recordando la patria y la familia; contándonos las más nimias particularidades de nuestra niñez y nuestros primeros pasos en la vida; hablando de mujeres y de hombres de Madrid y de otros climas, que maldito si se acordarian en aquel momento de nosotros; pensando por último en que el año pasado, en estos mismos días, nos hallábamos en Africa, bajo una tienda, en medio de unos montes solitarios, luchando con la intemperie y con la epidemia, rodeados de feroces enemigos; apartados de Europa, de la sociedad, de la civilización, de la mujer, del arte, ¡de todo!...; y que, sin embargo, éramos más felices y estábamos más contentos entónces, que en la culta Florencia ahora, por más que esta sea la ciudad de la hermosura y los placeres...

¡Oh! sí: cada uno de estos días es un solemne aniversario. ¡Gloriosas

efemérides!—El día 14 acampamos en Sierra-Bullones, y aquella noche fue la primera que pasé bajo la tienda, sin más amparo que el de Dios.—El día 15 oí las primeras balas, ví los primeros moros.—El 17 la segunda accion; aquella retirada en las tinieblas, aquellos gemidos en nuestras filas...—Anoche... es decir, la noche del 18 de diciembre, el vendaval, el diluvio... ¡el agua, el viento y la sombra envolviéndonos en un triple sudario!...

En esta nuestra última tertulia la conversacion giró muy especialmente sobre la proximidad de la *Noche-buena*: lo cual quiere decir que nuestra nostalgia subió de punto...

—El año pasado (nos dijimos) celebramos la *Noche-buena* en Africa, tierra infiel y maldita. Este año va á sorprendernos en un suelo extranjero y entre gentes excomulgadas... Ya no tenemos tiempo de correr al seno de la patria y al lado de la familia, ni tampoco debemos abandonar la Italia cuando nos hallamos á un día de distancia de la augusta Roma; cuando nos esperan Nápoles, el Vesuvio y Pompeya.—Lo que debemos hacer es dejar en seguida la pagana ciudad en que nos encontramos, y marchar á Roma, patria de todo el mundo, donde la Religion ofrecerá á nuestras almas el inextinguible hogar del Catolicismo, en torno del cual hay sitio para todas las gentes, para todos los peregrinos, para todo el el universo. ¡Por la historia, por la lengua y por la fé, somos ciudadanos romanos!.. *Cives romani sumus!*...—Celebremos, pues, la Pascua en *Roma*.

Y diciendo y haciendo, en aquel mismo instante empezamos á disponer nuestra partida, que se verificará esta tarde á las cinco.

Debo advertiros antes de marchar, que el buen tiempo ha concluido. Hoy ha amanecido lloviendo.—Principia, pues, el invierno en *Florenzia*.

Esta circunstancia contribuye á añadirle no sé qué triste solemnidad al viaje que vamos á emprender: solemnidad y tristeza que cuadran perfectamente al estado de nuestro ánimo.—Yo no comprendería una peregrinacion á la Ciudad Eterna sino con dolor y fatiga..., y nuestro viaje promete ser sumamente penoso.—El Ferro-carril sólo llega á *Siena*, donde dormiremos esta noche y pasaremos mañana el día, viendo aquella ilustre ciudad y buscando Diligencia ó Silla de postas que nos lleve á Roma.—Cruzaremos, pues, el *Sub-Apenino toscano* con agua, viento y nieve, á merced de un postillon y cuatro caballos.

Por otra parte, muchos nos dicen que es temerario hacer esta expedicion en un tiempo de tantas revueltas y calamidades, y hasta nos hablan de recientes robos en los bosques que habremos de atravesar...

—«¡Adelante, y fíemos en nuestra buena estrella!...» ha sido nuestra contestacion.

Jussuf, el islamita, no encontrándose asistido de la devocion que á nosotros nos fortalece, ha oido nuestra confesion acerca de los bandidos con aquella atencion ó aguzamiento de orejas con que escuchan los caballos árabes los pasos de una remota caravana, despues de lo cual nos ha

abandonado sin hablar palabra; ha estado ausente unos diez minutos, y se nos ha aparecido de nuevo con los ojos radiantes de animacion y su infantil sonrisa en los labios.

Caballero no ha reparado en nada de esto; pero yo, que no pierdo nunca de vista al bravo moro, porque todo es en él digno de estudio, lo he llamado aparte cariñosamente, y le he dicho:

—¿Qué hay de nuevo?

—*Mira*, me ha respondido, entreabriéndose la camisa y enseñándome á medias un larguísimo cuchillo.

—¿Y para qué es eso? le he preguntado.

Jussuf se ha puesto pálido y luego rojo, y su mirada me ha reflejado mil escenas diferentes: el miedo al viaje que íbamos á emprender; la lucha con los bandidos; las puñaladas, la sangre, nuestra victoria... ;qué sé yo cuántas cosas más!

Por último, ha recobrado su calma, y por toda contestacion á mi pregunta, me ha dicho dulcemente, cerrándose la camisa y señalando hácia el *Puente Viejo*:

—*Medio duro.*

Es la cantidad que acaba de dar por el cuchillo.

Cualquiera hubiera creido al contemplar esta escena, que Otelo estaba de vuelta en Italia.

Caballero echaba entre tanto cuentas con una Guia en la mano, y murmuraba gozosamente:

—¡Pasado mañana en Roma!

## VI.

UN MATRIMONIO FELIZ.—SIENA.—LA ULTIMA CIUDAD DEL MUNDO.—LA FRONTERA DE LOS ESTADOS ACTUALES DEL PAPA.

Estamos en camino.

El tren ha partido de Florencia á las cuatro y cincuenta y cinco minutos, á cuya hora era ya de noche.

Sigue lloviendo. Hace un frio espantoso.

Florencia me ha dejado á mí antes que yo á ella. Durante las últimas horas que he permanecido en el llamado *Jardin de Italia*, su hermosura, su alegría, las hojas de sus árboles, los esplendores de su cielo..., todo ha desaparecido.—Así es que la abandono sin sentimiento.

Llevamos una hora de viaje.—Del pais que vamos recorriendo sólo puedo decir que está cubierto de nieve.—Lo demás lo ocultan las tinieblas.

Al llegar á *Empoli*, dejamos el Camino de hierro de Pisa (*Strada ferrata Leopolda*), que se dirige á Poniente, y tomamos la *Strada ferrata Centrale Toscana*, que va hácia el Mediodía por el valle del *Elisa*, y que unirá con el tiempo á Florencia y Roma.

A las siete de la noche pasamos por *Certaldo*, donde en otro tiempo estuvo el sepulcro de *Boccacio*.

En el mismo coche que nosotros van un caballero y una señora, jóvenes ambos, que se casaron en Florencia hace trece días y que se dirigen á Ancona, donde el marido tiene sus Estados y su familia.

Y digo sus *Estados*, porque el marido es como si dijéramos un *Conde reinante*.—Ya tengo en el bolsillo su retrato y su tarjeta; pero, sin embargo, no diré su nombre ni el de su bellissima esposa.—Temeraria turbar su naciente dicha si la entregase á los vientos de la publicidad.

Los condes de M. han visto toda una aventura de viaje en su encuentro con dos españoles y un moro, ó quizás más bien nos han convertido en espectáculo que contemplar juntos desde su trono de amor, en fecha que recordar mañana, en monumento conmemorativo de su luna de miel...—Ello es que, sin desatenderse á sí mismos, nos hacen mil y mil preguntas, con una gracia, una cortesía y una curiosidad tan infantiles (los enamorados se conducen siempre como niños), que nosotros no podemos menos de contestarles afablemente.

Verdad es que ellos han empezado por decirnos su nombre, el objeto de su viaje, la historia de sus amores, las condiciones de su carácter, sus ideas acerca de la felicidad, sus teorías sobre el matrimonio, lo que debe ser la mujer, lo que es el hombre... etc., etc.; todo esto hablando los dos á un tiempo, simulando riñas, reconciliándose con una mirada ó una pisadita, poniéndose muy colorados al entrar en ciertas materias, y diciéndose, en fin, en nuestras barbas, por remate de funcion y con sublime llaneza, que se quieren mucho, que van á quererse siempre, y que ninguno de ellos se casará jamás en segundas nupcias.

¡Tienen veinte años!... (Ella no los tendrá todavía).—¡Se han casado hace dos semanas!—¡Van viajando solos!—El la lleva á la casa paterna á que la conozcan su madre, sus hermanos y sus servidores.—Ella va soñando con un jardín que tiene el Conde á las orillas del Adriático, con un pabellon que les han amueblado en ese jardín; con los paseos que darán por el mar al resplandor de la luna de enero; con las flores que abrirán en marzo; con las frutas que madurarán en junio; con el hijo que podrán tener en setiembre...

(Esto último es una sospecha gratuita que á mí me ocurre).

En cuanto á sus preguntas, ya podreis imaginároslas:—Que si somos casados... (esta ha sido la primera);—que si es bonita España... (es decir, que si será muy agradable *amarse* en España);—que si son bellas las españolas... (esto es, si *se ama* mucho en nuestro pais);—que si hay bandidos en España... (más claro: si dos jóvenes *enamorados* como ellos correrían allí algun peligro);—que á dónde nos dirigimos.. (traduccion: que cuándo *los dejaremos* solos);—que si iremos alguna vez á Ancona... (sentido oculto: sean ustedes testigos de que hemos jurado *amarnos* eternamente);—que si nos gustan las italianas... (esto lo preguntó el Conde; significado: si habia hecho bien en *amar* á su mujer);—y otras cosas por

el estilo, y muchas muy diferentes; pero todas misteriosamente relacionadas con su dicha.

¡Oh amor, egoista amor! ¿Qué es para tí el universo?

De las preguntas que le hacen á Jussuf y de las contestaciones de éste, no digo nada.—Seria cuento de nunca acabar.

Son las ocho y cuarto.

Salimos de un largo Túnel, abierto en una alta montaña.

Nos acercamos á *Siena*.

*Siena*, como otras muchas ciudades que no conozco, reviste en mi imaginacion una forma poética, cuya lenta composicion me seria muy difícil explicar. Para mí, *Siena* (*Sena* en español; y de aquí el que digamos *Santa Catalina de Sena* para nombrar á la seráfica escritora hija de esta ciudad); *Siena*, digo, es una triste y viejísima capital de perfiles góticos (cosa rara en Italia), monumento vivo de la Edad Media, y esqueleto, por decirlo así, de la gran República gibelina que venció á Florencia en aquella descomunal batalla de *Campo Aperto* de que habla Dante:

che fece l' Arbia colorata in rosso...

Mi imaginacion ve tambien en *Siena* la patria de la infortunada *Pia di Tolomei*, de aquella hermosa tercianaria á quien encontró el mismo Dante en el *Purgatorio*, y de cuyos labios oyó estas melancólicas palabras:

ricorditi di me, che son la *Pia*:

*Siena* mi fe': disfecemi Maremma...

Las *Marismas* (*le Maremme*) son unas lagunas, de que habré de hablar más adelante, que producen la *malaria*, azote del pais que recorreremos para llegar á Roma.

*Siena* me recuerda tambien (siempre con auxilio de Dante) á aquel terrible aristócrata, *Farinata de gli Uberti*, que le preguntó al Poeta en el *Inferno*:

.....; Chi fur gli maggior tui?

(¿ Quiénes fueron tus mayores? )

(*Farinata* era el jefe del partido gibelino de Florencia y se refugió en *Siena* con todos sus secuaces, perseguidos por el partido güelfo.—Dante, gibelino como él, y desterrado tambien de Florencia, lo retrata con este magnífico rasgo:

Ed ei s'ergea col petto, e con la fronte,  
come avesse lo inferno ni gran dispetto.

Este condenado que se muestra tan erguido y como despreciando el infierno en que se halla, es indudablemente una de las más bellas figuras imaginadas por el autor de la *Divina Comedia*.

*Siena*, en fin, se me aparece precedida de la fama de ser la ciudad en que se habla el italiano con mayor pureza, en que las mujeres son más hermosas, en que tuvieron su trono las artes hace quinientos años, en que entraron los Españoles despues de un largo asedio en tiempo de Carlos V, y en que ondeó el estandarte de España hasta 1537, que Felipe II la cedió á Cosme I de Médicis.

Por lo demás, yo veo tambien en *Siena* el fin de los caminos de hierro que tanto han simplificado hasta ahora mi viaje; la última de las ciudades vivas, por muy muerta que se encuentre; el término de la moda francesa; el límite de los tiempos modernos y de la Edad Media; la entrada á la antigüedad clásica; el principio de la region sembrada de ruinas.—Despues de *Siena*, sólo encontraré las osamentas blancas de las ciudades etruscas, ó más bien el lugar en que se levantaron..., y más allá la desierta campiña de Roma..., y luégo Roma, el Panteon de todas las edades!

*Siena*, pues, es el remate del actual mundo civilizado. En adelante hallaré el paganismo romano ó el paganismo griego; reflejos de Grecia ó del Oriente; el teatro de la mitología...—Aquí concluye tambien el imperio de la ley; aquí terminan la libertad y la civilizacion; aquí cesan las garantías del derecho.—Mañana quedaremos á merced de los bandidos, cuando recorramos los campos, y á merced de una autoridad discrecional, cuando penetremos en las ciudades.—Despues de Roma teocrática, vendrá Nápoles, presa de la anarquía, ensangrentada, carcomida por la inmoralidad...

Pero hénos ya en *Siena*; ó, por mejor decir, en la Estacion del camino de hierro, situada á bastante distancia de las puertas de la Ciudad.

Sigue lloviendo. Casi todos los viajeros que salieron con nosotros de Florencia se han quedado en las estaciones del camino.

Los Condes de M..., Caballero, Jussuf y yo, con más algunos campesinos que han venido en coche de tercera clase, somos los únicos que hemos llegado á *Siena*.

Los campesinos se han ido á pie, á pesar del frio y de la lluvia, — que empieza á convertirse en nieve.

Los recién casados han ocupado, á instancias nuestras, un cabriolé de dos asientos, único vehículo que se ha dignado esta noche venir á esperar el tren.

¿Para qué más? La verdad es que si nosotros no hubiéramos formado parte del convoy, cualquier otro carruaje que hubiese acudido á la Estacion se habria vuelto de vacío.—*Siena* (lo digo de nuevo) es el fin del mundo.

Los Condes de M... han quedado en enviarnos el coche así que los deje en el *Hotel del Aquila Nera*, en el cual nos alojaremos tambien nosotros, vista la amabilidad, ó por mejor decir, la longanimidad con que nos han invitado los nuevos cónyuges á acompañarles á tomar el té.

En tanto, pues, que vuelve el carruaje, entreténgome en contemplar á la luz de un mugriento farolillo que alumbra la puerta de la Estacion, media docena de mozos que pugnan con Jussuf por apoderarse de nuestro equipaje y llevarlo á hombro á la ciudad.

Los tales mozos tienen la figura más patibularia que haya figurado en melodrama alguno.—¡Qué famélicas mejillas! ¡qué lúgubres ojos! ¡qué barbas y qué cabellos, negros como el delito! ¡qué luengos levitones!

Indudablemente, estos hombres han sido ó van á ser bandoleros.

No estará demás advertirle á Jussuf que no ha llegado todavía el momento de hacer uso de su cuchillo...

Pero hé allí el carruaje, que descende en nuestra busca...

Cinco minutos despues entramos en *Siena*, por la *Puerta de San Lorenzo*.

La Ciudad está edificada sobre altas colinas, y por consiguiente, casi todas sus calles son ásperas cuestas...—Y ¡qué silencio! ¡qué soledad á las nueve de la noche en la que fué, hace siglos, capital de un floreciente Estado!—Las tiendas se hallan cerradas; las calles desiertas.—Al pálido fulgor del alumbrado público, vemos algunas enormes casas con portadas góticas; y, á la luz de moribundos faroles, distinguimos ora una *Madonna* bizantina, ora un Cristo pisano, enclavados en las encrucijadas de angostas calles...—Nos creeríamos en Toledo.

Llegamos por fin al Hotel.

Los Condes de M. nos aguardan en un abrigado gabinete, al lado de una antigua chimenea, delante de la cual hay una mesita en que está preparado el té.

La jóven y enamorada Condesa ha tenido tiempo de cambiar de trage.—¡Cuán hermosa, cuán elegante, cuán fina y obsequiosa se nos presenta!

Al verla de pie, cerca de la mesita, poniendo azúcar en las tazas despues de consultar el gusto de cada uno, créola una antigua amiga; paréceme que estoy en *Siena* hace mucho tiempo y que asisto á una tertulia que ya me es familiar, y no comprendo, en fin, los hechos tales como son: esto es; que hace cuatro horas no conocíamos á los Condes de M., ni podíamos adivinar su existencia; que esta tarde nos hallábamos en otra ciudad; que nuestros nuevos amigos partirán mañana por distinto camino que nosotros y se perderán en el piélago de la vida, donde ya nunca volveremos á encontrarlos; que nosotros esperábamos pasar esta noche en *Siena* sumamente aburridos y sin más sociedad que algun estúpido camarero, y que mañana á estas horas nos hallaremos otra vez solos, muy lejos de *Siena*, rodando en silla de posta por unos montes desconocidos cubiertos de hielo y nieve.

¡Oh imprevistos placeres del peregrino, fugaces alegrías del extranjero, hogares fugitivos que lo acogeis una noche, súbitas amistades que os perdeis en el olvido! .... ¡qué sois más que una abreviatura de la vida humana?

El Conde de M. conoce á *Siena*, por haber estado ya aquí varias ve-



ces. El nos ha dicho que un gran edificio que se levanta en frente de este Hotel, y cuyo negro muro casi se puede tocar con la mano desde los balcones del gabinete en que nos hallamos (tan estrecha es la calle que los separa), es el *Palacio Tolomei*, en donde pasó su primera juventud la desgraciada *Pia*, cuya lamentable historia recordaba yo en el Ferrocarril.

Aquí la conoció pura y hermosa el implacable *Nello della Pietra*: aquí se casó con ella: de aquí se la llevó á su Castillo,—como el Conde de M. se lleva á su mujer á Ancona.—Una vez en el Castillo, delinquiró ó no delinquiró la Castellana; é, inocente ó culpable, que esto no lo sé yo á punto fijo, fué condenada por el celoso y cruel caballero á vivir en una solitaria mansion que se levantaba en medio de las *Marismas*..., donde la fiebre y la tristeza la consumieron lentamente...

¡Y si viérais qué cara ha puesto la Condesa de M. en tanto que recordábamos la historia de *Pia di Tolomei*!

Es natural...

—¡Dios mio! (habrá exclamado en su interior la pobre jóven). ¿Sería yo capaz de faltarle á mi *Francesco*?... (¡Se me escapó el nombre!)—¡Dios mio! ¿Sería capaz mi *Francesco* de hacerme morir de tercianas en esa tierra desconocida á donde me lleva?

El conde *Francesco* ha adivinado estos pensamientos de su esposa, y la ha mirado angelicalmente...

Pero son las once, y nuestro huésped ha acabado ya de fumarse un magnífico *sigaro spagnuolo* con que le hemos hecho feliz, según asegura.

Demos las buenas noches de una vez para siempre á estos bienaventurados; despedámonos de ellos *hasta nunca*, y tomemos el camino de nuestro cuarto.

Veinte y cuatro horas después.

*Siena* ha realizado completamente mis ilusiones.—Esta ciudad es una excepcion en la Toscana. Ni sus Palacios, ni sus Iglesias, ni sus Calles, ni sus Plazas ostentan aquel aire risueño y pagano, medio oriental y medio del Renacimiento, que advertí en Pisa, Luca y Florencia. *Siena* es más cristiana (aunque quizás no tan católica), más sombría, más ascética, más ideal.—En *Siena*, como en Pisa, la agonía que principió con la caída de su República, no ha entrado todavía en el período de reaccion que hoy hace resucitar en Europa á otras muchas ciudades arruinadas.—*Siena* sigue muriendo, postrada, silenciosa, olvidada del resto del mundo.—De doscientas mil almas que encerraba en el siglo XV, ha quedado reducida su poblacion á veinte y dos mil doscientas.

La originalísima *Plaza del Campo*, antiguo Foro de la República, se halla rodeada todavía, como la plaza de Segovia, de las mismas casas que la adornaban en la Edad-Media.—Allí se vé el soberbio *Palazzo Pubblico*, en otro tiempo de la *Signoria*, obra del siglo XIII, con su altísima y ga-

llarda *Torre*, con su elegante *Loggia*, con sus ventanas ojivales, con su almenado *Castillo*.—Por lo demás, esta plaza se diferencia de todas las del mundo, en que no presenta una superficie plana, sino que está conformada como una inmensa concha.—En torno de ella gira una inclinada acera de extensas baldosas, donde es muy difícil tenerse de pié.

Más adentro está la célebre *Fuente Gaja*, llamada así de la alegría que produjo á los sieneses el ver que se habia conseguido subir el agua á su plaza favorita; alegría muy justificada si se tiene presente que la ciudad de *Siena* aventaja en altura sobre el nivel del mar á todos los montes circunvecinos, y que por lo tanto fue sumamente difícil y costoso surtir de agua constante la susodicha Fuente.

Por último, en esta *Plaza* hay todos los años, el día 15 de agosto, unas famosas carreras de caballos; sobre las baldosas inclinadas de que he hecho mencion!..., siendo de advertir que las apuestas que se cruzan no son á *quién corre más*, sino á *quién se mata menos*; pues creo inútil decir que no hay año en que no se tiña de sangre humana el improvisado hipódromo.

A todo esto se me habia olvidado haceros reparar en que nos está nevando encima desde esta mañana.—Y lo peor es que al pícaro viento se le ha ocurrido hoy jugar con los copos de nieve y arrojárnoslos á la cara; lo cual, como podreis comprender, no tiene nada de agradable.

En cuanto á los Condes de M., salieron esta mañana para la insigne ciudad de Perugia.—La bendicion de Dios los acompañe, como los acompaña mi mortal envidia.

Mas no vayais á creer que lo que envidio es precisamente la felicidad que ellos disfrutan: no; lo que yo deseo es otra felicidad semejante, de nadie conocida, para mí destinada, galardón exclusivo de mis penas.—¿Por qué ha de ser esto imposible?

Pero volvamos al asunto.

Además de la *Plaza del Campo*, hay en *Siena* un paraje en que se siente toda la grandeza pasada de la rival de Florencia.—Tal es la Puerta del *Bautisterio*, donde, dicho sea entre paréntesis, escribo estas palabras á pesar de la ventisca.

Desde aquí se descubre la Escalinata que sube á la *Plaza de la Catedral*, se vé un grandioso rompimiento de Arcos, y se alcanza la severa perspectiva de Palacios imponentes y terribles Fortalezas...

Si alguna vez visitais á *Siena*, no dejéis de hacer alto en este lugar.

Aquí os acudirán nobles pensamientos: aquí sentireis los dolores de la despedazada Italia: aquí (mejor que desde lo alto de los Alpes) podreis tender los ojos del alma sobre el presunto Reino Itálico, y recordar las regiones que acabais de recorrer:—el Piamonte, la Lombardía, el Véneto, las Legaciones, Parma, Módena y la Toscana:—aquí podreis darles un adiós, y disponeros á cruzar los Montes que os separan de la Campiña de Roma y de la otra mitad de Italia; del *antiguo mundo*, como ya la hemos llamado...

Decididamente, mi imaginacion no puede estarse quieta en *Siena*: hace un momento se habia ido de Perugia á España, pasando por la alta Italia, y ahora la sorprendo camino de Viterbo...

Me lo explico perfectamente. Es el vértigo de la expectativa: es la proximidad y la atraccion de la Ciudad Eterna. Mis ideas zozobran hoy como los barcos que se acercan al *Maelstrom*.—*Hoy* no vivo: *hoy* no es para mí más que *la vispera de mañana*...—¡Y ese mañana..., es ROMA!

A pesar de tan honda preocupacion, visito la *Catedral*, que es todo lo gótico que puede serlo una Catedral de Italia, y mucho más de lo que yo me prometia.—El interior, sobre todo, respira no sé qué poesía simbólica, litúrgica, propia de las Iglesias del Norte.

Pero el gran prodigio del *Duomo* son sus célebres pavimentos, cubiertos de magistrales dibujos debidos á un procedimiento muy raro que se llama *gráfíto*, y que no es el *mosáico*, aunque produce un efecto semejante.—Para contemplar tales maravillas, hemos hecho levantar por muchas partes el entarimado que cubre toda la Iglesia, y, entre los portentos de arte que han aparecido á nuestros ojos, merecen particular mencion una *Eva* de peregrina hermosura y un grandioso *Moisés sobre el Sinai*.

En esta *Catedral* hay un *Púlpito*, esculpido por Nicolás de Pisa, tan magnífico, cuando menos, como los otros del mismo autor que hemos admirado antes de ahora.

Tambien son de notar los *Frescos* que adornan la *Libreria*, debidos á Bernardino Betti, llamado *il Pinturricchio*, y tan soberanamente hermosos, que algunos críticos se los han atribuido á Rafael.

Otras muchas obras de arte pudiera citar entre las que decoran el *Duomo*, y entre las innumerables que he visto hoy en varios Templos; pero recuerdo mi promesa de ser muy sóbrio en enumeraciones de obras artísticas, y paso á otra cosa, no sin recomendar á los viajeros, que visiten detenidamente todas las *Iglesias de Siena*, así como el *Istituto delle Belle-Arte*.—De camino verán en la Iglesia de *Fonte Giusta*, entre los *ex-votos* que adornan un Altar, un *machete indio*, un *escudo de armas* y un enorme *bigote de ballena*, regalados por Cristóbal Colon cuando regresó por primera vez del Nuevo-Mundo...—Por último, en *Siena* deben ser visitadas la famosa *Universidad*, que data de 1203, y la *Biblioteca pública*, donde se enseñan algunas *cartas dictadas* por Santa Catalina; pues es un hecho probado que la insigne autora del *Diálogo con el Padre Eterno* no sabia escribir...

Pero se hace de noche...—Regresemos al Hotel.

Son las diez y cuarto. La nieve ha fatigado al viento y cae sosegadamente sobre la tierra.

Nuestros preparativos de viaje terminan ahora mismo. La silla de posta está dispuesta en el Correo, esperando á que demos la orden de enganchar á la hora en que se nos antoje, por desusada que sea.—Así lo

hemos convenido con el Maestro de postas, no sin procurar hacerle creer que partiremos mañana muy temprano.

Lo que menos puede figurarse nadie es que nosotros, despues de haber pasado el dia vagando por *Siena*, pensemos en emprender nuestra marcha con una noche tan espantosa...—Y, sin embargo, este es nuestro plan.

Para llevarlo á cabo con la menor molestia posible, nos hemos comprado largos gabanes y altas botas de pieles; hemos dispuesto un aparato para tener luz dentro del coche, y hemos llenado de provisiones de boca una más que mediana cesta de mimbres.—De esta manera, á eso de las once, cuando menos pueda imaginárselo la *policia de los bandidos* (pues los bandidos tienen en *Siena* su policia, que les avisa con antelacion á qué hora salen viajeros para Roma, y á qué hora podrán pasar por los *Bosques de Bolsena*); á eso de las once, digo, cuando todo el mundo dormirá en la Ciudad y los caminos estarán custodiados por la nieve, nosotros mismos iremos al Correo, despertaremos al postillon, le mandaremos enganchar, y el ruido del carruaje será la primera noticia que tendrán los sieneses de mal vivir de que han volado los pájaros que creian cogidos en el *Hotel del Aquila Nera*.

Y no vayais á creer, vosotros los que me leeis, que, al tomar estas precauciones, calumniamos á los italianos, pareciéndonos á los ingleses y franceses que, cuando viajan por España, ven un bandido en cada pobre hombre ó en cada palo de telégrafo...—En nuestro miedo no hay poesía ni exageracion alguna. El dueño del Hotel y el Administrador de Correos nos han aconsejado la mayor prudencia y nos han referido más de veinte robos que han tenido lugar este mes desde *Siena* hasta *Viterbo*...—Pero, ¿qué más? ésta misma tarde, cuando estábamos ajustando la silla de posta, hemos encontrado á un Correo de gabinete, español por más señas, que acababa de llegar de Roma en aquel instante (y que ya ha seguido su marcha hácia París), el cual nos ha dicho que ha hecho este viaje por tierra contra todo el torrente de su gusto, á causa de estar agitadísimo el mar Tirreno; que ayer ha encontrado una Diligencia robada cerca de *Montefiascone*; que en la expedicion anterior lo robaron á él en *Acquapendente*; que ni en los caminos ni en la frontera romana se encuentra un solo gendarme, y, en fin, que procuremos viajar á horas desusadas, y sin prévio aviso á los Maestros de postas...

Con que ya veis que los bandidos, y si no los *bandidos* (pues ya no los hay *poéticos* en la Italia central), al ménos los *prosáicos ladrones* que tememos, tienen una existencia real y corpórea, y que nuestras precauciones no son nada quijotescas.—Hechas estas salvedades, partamos.

—¿Y las *hermosas siniesas*? me preguntareis.

Es verdad: se me habia olvidado deciros que, con motivo de la nieve, me voy de *Siena* sin haber visto una sola mujer *digna de estudio* en ventana, balcon, calle ni iglesia.

¡En cuanto á las domésticas arrecidas y rebujadas que han andado hoy

por la calle, tenían la nariz demasiado purpurada por el frío para que yo reparase en ellas!

—¿Quién se para á mirar á una mujer que lleva la basquiña sobre la cabeza, cubierta toda de nieve, con los pies llenos de lodo y las manos hinchadas de sabañones?

Estamos en camino.

La silla de posta rueda toda la noche sobre un blando tapiz de nieve, por un país montuoso.

De hora en hora paramos en alguna Aldea.

El Postillon aparece entonces á la portezuela del carruaje, con su sombrero galoneado, su trágica barba, su casaquilla medio militar y su corneta de cobre, y nos pide la *buona-mano* (las agüetas, la propina)...

Entre tanto, otro nuevo Postillon sale de la Casa de postas, asombrado de que se viaje á una hora y con un tiempo semejantes, y nos propone que pasemos allí la noche.

Nosotros insistimos en marchar en seguida, y apelamos al Reglamento de Reales Postas.

El Postillon nos da *escelencia* (Dios se lo pague); nos suplica que no nos incomodemos; engancha nuevos caballos, y partimos.

Cinco minutos despues de mudar cada tiro, notamos que andamos poco y hasta que el coche se para á veces.

—¿Qué es eso, postillon? preguntamos.

—*Non si può andare con questa neve...*

—No hagas caso de la nieve, y te daremos *tre paoli* más de *buona-mano*.

—*Grazie tante, escellenza*, contesta el Postillon.

Y los caballos arrancan al galope, como si hubieran comprendido el diálogo.

De esta manera hemos pasado por *Monterone*, *Buonconvento* y *Torrenieri*.

Al cruzar por delante del ruinoso *Castillo de Buonconvento*, he recordado que en él murió Enrique VII, emperador de Alemania, envenenado con una Hostia por un fraile *guelfo*, y la terrible carta que Dante escribió cuando lo supo.—Dicha carta ocasionó, como todo el mudo sabe, el destierro del poeta.

En *Poderina*, donde se muda tiro, nos despierta el Postillon y reparamos en que principia á amanecer.

Ya no nieva. El país que aparece á nuestros ojos es sumante árido. Por todas partes se advierten huellas de antiguos volcanes y de horribles terremotos. Rocas feísimas erizan los accidentes del terreno. Ni una habitacion, ni señales de cultivo por ningun lado.—Entramos en la region asolada por la *malaria ó aria cattiva*.

La *malaria* es una enfermedad endémica de varios puntos del Oeste de Italia, procedente de los muchos pantanos y lagunas que se encuentran

á cada paso. Esta enfermedad consiste en una fiebre intermitente y muy maligna, que ha acabado por despoblar extensísimas comarcas. La *malaria* reina desde la primavera hasta mediados de otoño. Las pobres gentes á quienes la dura necesidad obliga á desafiar el tremendo azote, y que viven en pueblecillos situados sobre el camino que seguimos, parecen almas en pena, ó más bien cadáveres ambulantes. ¡Qué lúgubres miradas las de aquellos hundidos ojos negros! ¡Qué palidez sepulcral! ¡Qué horrible demacración!

Segun la *Guia*, dentro de pocas horas empezaremos á ver á lo lejos algunas ruinas, ó el mapa nos indicará los sitios y los anticuados nombres de muchas famosas ciudades que ya no existen.—La *malaria* acabó con sus habitantes, y la soledad y el tiempo se han encargado de talar sus campos.

La estacion en que nos hallamos es la única saludable en este pais, y, sin embargo, apenas encontramos algunos arrieros que parecen españoles, envueltos en sendas capas y caminando lentamente detrás de perezosos asnos.

La gente de los citados pueblecillos usa unas capas coloradas y unos altos sombreros puntiagudos que, unidos á sus crecidas barbas, les dan un aire muy marcado de personajes de melodrama. La miseria, la barbarie y el aislamiento añaden sus tétricos perfiles á estas melancólicas figuras y á sus pobrísimas viviendas.

Dentro de los mismos Pantanos que producen la peste, vemos, entre los juncos, algunos hombres desarrapados y de espantosa fisonomía, montados en grandes caballos, no menos fatídicos que ellos. Dichos hombres van armados de una larguísima garrocha, con la cual tantean el terreno y gobiernan y dirigen numerosas piaras de búfalos que se revuelcan en las aguas corrompidas.—El contorno que dibujan sobre el cielo estos solitarios ginetes, llega á tomar proporciones tan fantásticas, que se dejan atrás todo lo inventado por los poetas de Alemania en punto á caballeros infernales.

Pero vamos á otra cosa.—Contra lo que nosotros esperábamos, y contra lo que nos prometieron en la Administracion de Postas de Siena, resulta, segun los cálculos de los postillones, que no podremos llegar hoy á Roma con luz del dia, sino despues de la media noche.—Esto no nos conviene de ningun modo; por lo cual hemos resuelto contentarnos con ir á dormir á *Viterbo*, ciudad importante, que solo dista ocho horas de las murallas de Roma; y, áun así y todo, hemos andado tan poco hasta ahora, á causa del mal estado de los caminos, que tendremos que correr hoy muchísimo á fin de pasar de dia por los *Bosques de Bolsena*, infestados siempre de ladrones, segun dejamos apuntado.

Afortunadamente, el carruaje no puede ser más cómodo ni las provisiones del cesto de mimbres más socorridas contra el fastidio. El vino es el antídoto natural del frio y de la tristeza, y Caballero y yo no hemos agotado todavía el tesoro de nuestros recuerdos... Bebemos, pues, y ha-

blamos para entretener el ocio, en tanto que Jussuf explora el camino con sus ojos de leon, buscando los anunciados salteadores;—y de esta manera, creedme, no lo pasamos del todo mal!

Poco despues del mediodia dejamos atras á *Radicofani*, última aldea de la Toscana, y á eso de la una llegamos á *Ponte-Centeno*.—Entre uno y otro pueblo se encontraba *antes* la frontera de los ESTADOS PONTIFICIOS; pero, desde hace algunos meses, se halla un poco más abajo.

A las tres nos encontramos en la villa de *Acquapendente*, llamada así de las muchas cascadas que hay en sus cercanías.

El terreno ofrece cada vez más caracteres volcánicos.

A las cuatro, llegamos á *San Lorenzo Nuovo*, aldea construida por Pio VI para albergar á los habitantes de *San Lorenzo Vecchio ó Rovinato* (arruinado), á quienes la *malaria* habia obligado á abandonar sus hogares.

Desde aquí descubrimos á nuestros pies el pintoresco *Lago de Bolsena*, redondo, de unas tres leguas de diámetro, cercado de rocas volcánicas y de una frondosísima comarca cubierta de colosales encinas.—En medio del Lago se ven dos pequeñas islas, tapizadas tambien de una rica vegetacion.—Finalmente, en la márgen oriental se asienta una pobre Aldea, que da su nombre ó se lo debe al Lago.

Esta region, á pesar de su riente aspecto y de su feracidad, se halla tambien deshabitada. La mísera aldea de *Bolsena* es el resto de la antigua, floreciente Ciudad de *Vulsinii*, una de las más renombradas entre las etruscas, y los 1,500 infortunados que hoy la habitan tienen que abandonarla todos los años durante los ocho meses que reina el *aria cattiva*.—El Lago no es otra cosa que el lugar que ocupó no se sabe cuándo el anchísimo cráter de un Volcan, y la evaporacion de sus aguas envenena el ambiente que se respira en este oasis.

A la parte occidental del Lago se dilata un pais, que nosotros descubrimos vagamente, sembrado todo de cadáveres insepultos de poderosas Ciudades...—Allí existieron *Saturnia, Sovana, Toscanella, Vulci*... y otras muchas más, de las cuales quedan algunos cimientos ciclópeos de templos y viviendas, trozos de colosales columnas de basalto, y la formidable raiz de extensísimas murallas que debieron de competir con las de la antigua Babilonia.

Cerca ya del oscurecer, nos encontramos abajo, á las orillas del *Lago de Bolsena*, mudando tiro en la aldea del mismo nombre.

Nueva consulta: ¿Seguiremos adelante?

«A las puertas mismas de la Aldea principia un temido bosque de encinas, aclarado á derecha é izquierda, á causa de los bandidos que se ocultaban en él para atacar á los viajeros...» (dice la *Guia* que llevamos á mano).

—Hace tres dias (añade el maestro de postas) han robado á un comandante francés media hora antes de llegar á *Bolsena*, cuando ya se creia libre del maldito Bosque.

—¡Comandante! ¡Y francés! ¡Y robado á pesar de todo! (exclama Caballero).—Esto merece pensarse.

Una idea mia nos saca al fin de la perplejidad.

—Diga usted (le pregunto al maestro de postas): y esos bandidos ¿matan á los viajeros, ó los roban solamente?

—¡Oh!... ¡no hacen más que robarlos! En ese punto, descuide usted...

—Entonces, partamos (le digo á Caballero): Tengo una idea...

Media hora despues entramos en el famoso *Bosque*, á la luz del farol del carruaje.

Algunas veces nos alumbra tambien la luna, abriéndose paso al través de las nubes y de las ramas.

—¡Jussuf, dame el cuchillo!—le digo entonces al moro.

—¿Para qué?—me pregunta Caballero, creyendo que *mi idea* no es más que una repeticion de la que se le ocurrió á Jussuf en el *Hotel del Arno*.

Yo no contesto: tomo el puñal que me alarga Jussuf; rasgo con él una especie de bolsillo dentro de un pliegue del recio damasco que reviste toda la silla; meto allí la mano; aparto las estopas que forman el relleno; pido á Caballero el reloj, la cartera y el dinero, menos una insignificante cantidad: reúnolo todo con mi reloj, mi dinero, y mis cartas de crédito, quedándome tambien con algunos escudos en el bolsillo; escondo nuestro tesoro bajo las estopas; nivelo el sitio; vuelvo á plegar el damasco; me convenzo de que es imposible dar con el escondite; abro la portezuela del coche..., y arrojo el puñal en medio del camino.

Caballero, que ha ido aprobando todas mis operaciones, comprende la filosofía de este último rasgo, y me aplaude.

Jussuf me mira estupefacto.

Yo le digo:

—El único peligro que ahora podíamos correr, consistia en tu puñal. —Si nos salen ladrones, nos dejaremos robar nuestro modesto equipaje de viajeros y los duros que llevamos en el bolsillo...—Mañana nos equiparemos en Roma.

Desgraciadamente para el cuchillo de Jussuf y para el damasco de la silla de posta, todas estas precauciones han sido inútiles: dos horas despues estamos fuera del *Bosque* peligroso, en pais despejado, y corriendo alegremente hácia *Montefasne*, donde pensamos comprar algunos frascos del famoso mosto del mismo apellido, á fin de celebrar esta noche en *Viterbo* nuestro heroico paso por las encinas de Bolsena y nuestra fortuna de no haber encontrado un solo *brigante*.

Sin embargo, yo recordaré eternamente las dos horas de emocion y expectativa que acabo de pasar, creyendo ver una carabina en cada rama y un hombre en cada tronco; creyendo oir un silbido en el rumor de cada hoja que se movia; engañado á cada momento por las fantásticas visiones que finge siempre la luz de la luna; entusiasmado con los ojos de Jussuf, que brillaban en la oscuridad como dos ascuas, y divertido con la hipó-



crecía del Postillon, que á cada momento paraba el carruaje haciéndonos temer que *aquello* habia llegado.

Pero cátanos en *Montefiascone*.—Son las ocho.—A las nueve y medi estaremos en *Viterbo*.

El *vino de Montefiascone*, especie de moscatel, se vende en unos barrilitos *sui generis*, cuyo angostísimo cuello contiene una cierta cantidad de aceite *supernatante*, que impide el contacto del aire atmosférico con el precioso licor. El tapon de estos barrilitos consiste en una pelota de algodón, que despues sirve para absorber el aceite. En cuanto al vino, es dulce como un bálsamo, pero *generoso y traidor* á un mismo tiempo,—por más que estas cualidades os parezcan contradictorias.

Y, á propósito: no he podido comprender bien una cosa que me ha contado el tabernero acerca de un Obispo de *Montefiascone* y de un epítafio en latin, que han dado lugar á que el tal bálsamo se llame por mucha gente... (¡singular denominacion!) vino de *Est, Est, Est*.

¡Porque *Montefiascone* tiene Catedral y Obispo, á pesar de que su poblacion no llega á 3,000 almas!

Y esto me recuerda que desde hace una hora estamos en los actuales dominios del Papa, ó sea en el *Patrimonio de San Pedro*...

No os lo he avisado antes, porque no hemos conocido en nada que pasáramos una frontera, ni puedo decir á punto fijo cuándo hemos dejado los Estados de Victor Manuel y penetrado en los de Pio IX.—Solo sé que Bolsena es *Reino de Italia* y Montefiascone *Ciudad pontificia*.—¡Ni nadie nos ha pedido el pasaporte, ni nadie se ha metido en averiguar de qué se compone nuestro equipaje!

Todo esto es lógico. ¿Cómo ha de establecer aduanas la Côte de Roma en una *frontera* que no reconoce?

Las nueve...—A lo lejos brillan algunas luces.—Es *Viterbo*.

En las cercanías de la Ciudad, y á los dos lados del camino, hay hermosas quintas y riquísimas huertas...—Por algo se dijo que en todas partes cuecen habas...

*Viterbo* es capital de la *Delegacion* del mismo nombre, y, por consiguiente, residencia de un Cardenal.—Las calles son muy pendientes y están embaldosadas de lava.—Su gótica Catedral, asi como las fuentes de sus plazas públicas, tienen fama entre los artistas...

Nosotros nos contentamos con saber *por erudicion* todas estas cosas, y tomamos el camino del *Albergo del Aquila Nera*, de donde saldremos mañana antes que sea de dia...

Pero ¡ay Dios! ¡qué ciudad tan triste es la renombrada *Viterbo*!—De los 14,000 habitantes que encierra, no encontramos ni uno solo en la calle; y eso que apenas serán las nueve y media de la noche.—Las tiendas están cerradas. El alumbrado público, si lo hay, ha echado sin duda cuenta con los buenos oficios de la Luna, y duerme tambien profundamente.—Mas es el caso que la Luna ha hecho otro tanto, dejando á las nubes el cuidado de entenderse con los hombres.—Con todo, de tiempo

en tiempo, la casta deidad entreabre los ojos y los fija en algun negruzco Palacio, cuyas ventanas de cristales se sonrien agradecidas..., despues de lo cual vuelven todos á dormirse.—Y la silla de posta sigue trepando dificultosamente por las empinadas calles de la ciudad teocrática..., y yo pienso con la mayor seriedad, ora en la piadosa *Condesa Matilde*, ora en la bellísima *Galiana*, á quien muchos han llamado *la Elena del siglo XII*.

Asi llegamos al *Albergo*, en donde cenamos bajo los auspicios de los restos del *Montefascone*, y damos algun descanso al pobre cuerpo, á pesar de los grandes gritos con que exclama el alma:

—¡Estamos á la vista de ROMA! ¡Despierta, corazon!



## LIBRO DÉCIMO.

### ROMA.

#### I.

LA CAMPIÑA DE ROMA.—ROMA Á LO LEJOS.—ENTRADA EN LA CIUDAD ETERNA.

22 de diciembre de 1860.

Las primeras palabras que ha pronunciado Jussuf esta madrugada, antes de darnos los buenos días y de avisarnos que ya estaban enganchados los caballos, han sido para dirigirnos la siguiente pregunta:

—*Roma ¿estar Francia?*

Y al hablar de esta manera, demostraba una indecible alegría.

—¿Por qué te ha ocurrido eso? le interrogamos nosotros.

—*¡Escuchar!* repuso el marroquí.

Y tendió la mano y aplicó el oído hácia la calle.

Pusimos atención, y percibimos un confuso rumor de cornetas y tambores, que recorría las calles de *Viterbo*.

—*¡La diana de los franceses!* (esclamó el moro). *¡Y estar diana de guerra, como en Argel!*

Nosotros nos echamos á reir, é hicimos comprender al africano en qué forma y de qué manera un Ejército francés ocupa esta parte de Italia.

—Es decir (ha concluido el moro): *Roma no estar en Francia; pero Francia estar en Roma.*

—Como quieras. El hecho es que nosotros estamos hoy más lejos que ayer de las fronteras de Francia, y que el camino que seguimos no es de seguro el más corto para llegar á París.

Sin otra novedad, hemos entrado en el coche y continuado nuestra marcha.

Al salir de Viterbo, vemos hácia el Oriente una faja de luz que marca el límite del horizonte entre el nublado Cielo y la tenebrosa Tierra.

¡Es la aurora del gran día!—*Hæc dies quam fecit Dominus...*

Por lo demás, excusado es decir que la diada de guerra con que los Galos me han anunciado el amanecer del día de mi entrada en *Roma*, me ha hecho, cuando menos, tanto efecto como á Jussuf... aunque no tan agradable.—Pero no hablemos ahora de Historia ni de Política.

De Viterbo hasta *Imposta*, donde mudamos tiro, vamos siempre subiendo.

A poca distancia de *Imposta* llegamos á la cumbre del *Monte Cimino*, que se alza 1,000 metros sobre el nivel del mar.

El sol ha logrado romper las nubes. La niebla empieza á levantarse. El suelo está nevado en cuanto alcanza nuestra vista.

Dentro de poco, cuando aclare completamente el día, descubriremos á nuestros pies toda la *Campiña de Roma*.

Ahora no distinguimos más que muchas rocas volcánicas en torno nuestro; y hácia la derecha, el *Lago de Vico*, que ha sustituido al cráter de otro Volcan; y en torno del Lago, selvas nacidas en las laderas que inundó la lava; y por todas partes... soledad, devastacion y tristeza.

¡Oh! ¡Qué tragedias tan horribles encuentra aquí la imaginacion en el mismo silencio de la Historia!—Hay quien dice, por ejemplo, que cuando el *Lago de Vico* está completamente sereno, se ven en su fondo las ruinas de una ciudad...—¡Quién sabe!

Pero el horizonte se despeja... Llegó el momento...

¡Hé allí la *Campiña de Roma*, vasta y desierta llanura, interrumpida por leves ondulaciones del terreno!...—Hé allí los *Montes de Albano*, mas distantes de nosotros que la Ciudad Eterna!...

¡El cielo que vemos es, pues, el de *Roma*!—¡*Roma* se halla dentro de nuestro horizonte sensible!

—Allí está *Roma*: pronto la verán ustedes...— Nos dice en esto el Postillon, señalando con su látigo á una de las aplanadas colinas que rizan la monótona extension de la comarca á que bajamos...

—¡*Alli está Roma*! repetimos nosotros, armados de nuestros anteojos de campaña; pero sin distinguir todavía la Ciudad de los Césares...

Así dejamos atrás á *Ronciglione*; las ruinas de la Ciudad de *Sutri*, y el jugarejo del *Monterosi*; así continuamos todavía una hora, anhelantes, respirando apenas, y lamentando que no se hallen á nuestro lado todos los seres que amamos en el mundo, para poder repetirles, señalando á aquellas colinas:—¡*Alli está Roma*!

Hemos bajado á la *Campiña*: avanzamos por ella...

Tenemos á nuestra derecha el *Lago Bracciano*, en donde hubo otro cráter, y cuyas aguas cubren seguramente la antigua Ciudad de *Sabata*, que se asentaba en sus orillas...

Allá, á lo lejos, fluye un ancho rio...

¡Será el *Tiber*!...



PASTOR DE LA CAMPIÑA DE ROMA.



El pais es cada vez más árido, más melancólico. La nieve se ha derretido en las aplanadas lomas, descubriendo una tierra desnuda, estéril, muerta, que parece la mómia de un mundo.

Despues de pasar por *Baccano*, donde mudamos tiro por penúltima vez, llegamos á un punto en que dominamos todas las colinas sucesivas, y en que se despliegan á nuestros ojos los redoblados rizados del terreno...

Allá se ven las montañas de la *Sabina*; allá *Tiboli*; mucho más lejos *Frascati*...—;Qué nombres!

Estamos á cinco leguas de *Roma*...

¿Y *Roma*?

*Roma* se oculta todavía...

¡Oh, no!—;Héla allí!...

Hé allí la *Cúpula de San Pedro*, que surge detrás de una colina...

«¡Salud á *Roma* cristiana!»—es mi primer grito.

Nada mas se vé...; pero esa *Cúpula* lo dice todo.—Esa *Cúpula* es la corona de la Reina del mundo católico; es la gran Tiara que ciñe la frente de la Ciudad de San Pedro; es la IGLESIA que se nos aparece en el espacio para que no olvidemos que la ROMA mística, la Metrópoli del Catolicismo, el Templo de las Almas se eleva magestuoso sobre los hundidos alcázares de la Gentilidad.

Nosotros devoramos con la vista aquella gigantesca mole, bajo la cual se halla el Trono de los Papas; aquella obra prodigiosa, que hubiera bastado á la gloria artística de una civilizacion; aquella maravillosa creacion de Miguel Angel, digna de coronar la Basílica que heredó la primacía *urbis et orbis*.

Y nada más vemos de *Roma*.—El resto de la Ciudad inmortal permanece oculto detrás de una árida cima.

La *Cúpula de San Pedro* parece suspendida en el aire; y es que las abiertas ventanas de la galería circular en que descansa la bóveda, se corresponden de tal modo desde nuestro punto de vista, que percibimos la luz y el cielo al través de la calada rotonda.—Nuestras miradas han penetrado ya, por consiguiente, en el interior de la Catedral Pontificia.

Esta aparicion dura algunos minutos. Al cabo de ellos, escóndese tambien la *Cúpula* detrás de un montecillo.

En cambio, empezamos á ver, á uno y otro lado del camino (el camino que seguimos en la antigua *Via Cassia*), cimientos y escombros de *villas* ó *quintas*, cuyos últimos moradores murieron hace más de mil años.

Viniendo de la derecha, se nos acerca un dilatadísimo *Acueducto*, que al cabo empareja con la *Via Cassia*, á cuyo lado sigue paralelamente hácia *Roma*.—Es el *Acueducto Trajano*, llamado hoy *Acqua Paula*, que lleva todo un rio á la cumbre del *Monte Janículo*.

A la izquierda pasamos cerca de una Aldea compuesta de pobres cabañas de pastores, llamada *Isola*.—Es todo lo que queda de la famosa *Veies*, de la gran Ciudad etrusca; de la rival de *Roma*, á quien eclipsaba por su belleza y poderío.



En la *Storta* mudamos tiro por última vez.

Son las doce... Estamos á dos leguas de la *Puerta del Popolo*, por donde entraremos en la Córte de los Papas.

Sigue reinando la soledad sobre la muerta campiña. Nada nos revela que estamos próximos á una gran Capital.—Pero la multiplicacion de las ruinas nos dice claramente que nos acercamos á *Roma*.

Pasamos cerca de unos hundidos muros...—Es la *villa de Ovidio*.

Allá se vé un destrozado mausoleo... Llámase vulgarmente la *Tumba de Neron*.—Es el Sepulcro de *Publius Vibius Marianus*.

Bifurcamos una gran carretera...—Es la *Via Flaminia*.

Llegamos á las orillas de un amarillento rio, y lo pasamos sobre un magnífico Puente...—¡Es el *Tiber*!

El Puente se llama hoy *Ponte-Molle*.—Hace dos mil años se llamaba *Pons Milvius*.—En él detuvo Ciceron á los embajadores de los Alobroges, de aquellos *otros* hijos de Saboya.—En él venció Constantino, despues de haber visto la Cruz en los aires, al feroz tirano Magencio, que se ahogó en esas aguas.—En él se defendieron heroicamente los romanos, mandados por Garibaldi, contra el ejército francés que destruyó la República de Roma en 1849...

¡Salud al *Tiber*!—No: no fue en esas aguas donde se ahogó el tirano Magencio: fue en otras que pasaron: y ¡cuántas han pasado desde entonces!

Nuestro Quevedo lo ha dicho, contemplando estas ondas:—mientras que los alcázares y los templos se hunden y desaparecen,

«lo fugitivo permanece y dura!»

Las colinas se suceden tambien como las olas. La tierra sigue siendo un páramo silencioso. La ceniza de tantas generaciones ha convertido en un cadáver á la fatigada naturaleza.—¡Pero qué fúnebre respeto, qué solemnidad, qué severa melancolía trasmite al alma este desierto donde ha existido un mundo!...

Ya volvemos á ver la *Cúpula de San Pedro*.

Ya descubrimos algunas *Torres*...

Ya divisamos unos Montes cubiertos de pinos y cipreses...

Todo esto sale de entre unos valles en que queda escondida *Roma*, como las antiguas necrópolis.

Mi corazon se calma y se engrandece, poseido de una santa tristeza, cual si estuviese á la vista de un mudo cementerio.

«¡*Roma!*» dice monótonamente una religiosa voz en lo íntimo de mi alma.—«¡*Roma!*» repiten maquinalmente mis labios.

Y el cúmulo de mis pensamientos, de mis recuerdos, de mis emociones me abruma de tal modo, que no acierto á fijarme en ninguna idea, á pronunciar otra palabra.

Un poco antes de avistar las murallas cuyo lugar marcó el arado hace

2613 años, pasamos por delante de algunas casas de campo y de la suntuosa *villa Borghesse*...

El camino que seguimos está más bajo que la Ciudad, de modo que entraremos á ella sin abarcar su panorama, casi sin haberla visto.—Sólo divisamos la cumbre de algunas de las famosas *Siete Colinas*, pero no las más habitadas, y de ningun modo los campos en que se asienta la población de hoy.

Son las dos de la tarde.—¡Hé allí los muros de la Ciudad de Rómulo!... Hé allí por un momento la inmensa mole de la *Basilica de San Pedro*, el soberbio *Castillo de San Angelo*, los altos Jardines del *Pincio*...

Mas ¿qué digo?—¡Hé aquí ya la *Puerta del Popolo*!

Al acercarme á ella, mi corazon late violentamente.—Todos callamos...—Vamos á entrar en la Ciudad dos veces Reina del universo; en la Capital del paganismo y del cristianismo; en la morada de los Césares y de los Papas; en la Fuente de nuestro idioma; en la Metrópoli de los pueblos latinos; en el centro de la Historia; en el emporio de las Artes; en el santuario de la Autoridad; en el Jordan de todos los pecados; en la última Posada de los peregrinos....

Por eso, al pasar bajo el arco de la *Porta del Popolo*, descubro reverentemente mi cabeza, sin acertar á formularme de otro modo la profunda emoción de mi espíritu que con estas sencillísimas palabras, equivalentes al mejor discurso:

—¡Roma! ¡Roma!

## II.

### PRIMERAS IMPRESIONES.—ROMA EN EL siglo.

Roma 22 de diciembre de 1860.—Hotel d'Europe,—  
á la hora veinte y tres.

*Porta del Popolo* quiere decir en español *Puerta del Alamo*, dado que *popolo* significa indistintamente (como el *populus* latino) *álamo* y *pueblo*, y el *popolo* en cuestión (que los franceses traducen *peuple*, en lugar de *peuplier*) proviene de unos álamos que circuián el *Mausoleo de Augusto*, próximo á aquel paraje.—Como quiera que sea, la *Porta del Popolo* ha venido á reemplazar á la antigua *Porta Flaminia*, habiendo sido dibujada por Miguel Angel en estilo dórico, y levantada con verdadera magnificencia.

Por aquella puerta se entra en la famosa *Plaza* del mismo nombre, soberbia antecámara de la gran ciudad, y muy superior á las calles que siguen despues.—Esta *Plaza del Popolo* forma una inmensa elipse. En el fondo de ella se levantan dos *Iglesias gemelas*, coronadas por altas cúpulas que se dibujan en el cielo. De estas Iglesias, que son *Santa Maria di Monte Santo* y *Santa Maria dei Miracoli*, arrancan divergentemente tres larguísimas calles. La calle de en medio, que se abre entre los dos

Templos, frente por frente de la *Puerta del Popolo*, es el célebre *Corso*, la gran arteria de Roma, su *boulevard*, que dirian los franceses; por el cual se va rectamente al *Capitolio*. La calle de la derecha, *Via di Ripetta*, conduce al Tiber, á *San Pedro*, al *Vaticano*. La calle de la izquierda, *Via del Babuino*, por donde nosotros hemos tomado, pasa por la *Plaza de España*, y conduce al *Quirinal*.—¡Qué nombres!... vuelvo á decir.

En medio de la *Plaza del Popolo* se alza un arrogante *Obelisco* de 112 pies de altura y de 3,500 años de edad, traído de Heliópolis á Roma por Augusto para que adornase el *Circo Máximo*, y trasladado por Sisto V al lugar donde hoy se halla.—Hé aquí la historia del mundo cifrada en las aventuras de un pedazo de granito!—Hace dos mil años llegan los Romanos á Egipto: encuentran un mundo, una civilización, una religion agonizantes: ven este Monumento (cubierto de geroglíficos no traducidos todavía) á la puerta de un Templo en que se adora al Sol: lo arrancan de su base y lo trasportan á las orillas del Tiber: aquí preside las fiestas del Imperio y asiste á la muerte de otro mundo, de otra civilización, de otra religion, que también agonizaban; y hoy, es decir, ayer, hace trescientos años, un Pontífice de otra religion saca el *obelisco* egipcio de entre las ruinas de la Roma de los Césares; lo levanta sobre un pedestal adornado con cuatro Leones, que son otras tantas fuentes de agua cristalina, y lo corona con la Cruz.—Así está hoy, destacando su gallarda mole y el Signo de la Redencion sobre la faja de cielo delimitada por el *Corso*.—¿Cuál será su porvenir?—¡Yo diria que estos Obeliscos simbolizan el *tiempo*, por el cual pasan también, como frágiles olas, generaciones, razas, pueblos y religiones!

En los hemicíclios que forma la *Plaza* se ven Columnas, Estátuas y Fuentes monumentales.—Una de estas Fuentes representa á *Roma*, alzándose sobre una *Loba* que da de mamar á *Rómulo* y *Remo*.—A la izquierda se descubren las grandiosas rampas que suben al *Monte Pincio*, paseo favorito de los romanos, al cual se dirigian en aquel momento centenares de carruajes. Finalmente, cerca de la *Puerta* se halla la Iglesia de *Santa Maria del Popolo* (y con esta son tres las que encierra la *Plaza*), uno de los Templos más frecuentados por los devotos y por los viajeros.

Todas estas cosas las he observado con algun detenimiento, á causa de haber tenido que parar la silla de posta en aquel magnífico peristilo de la *Ciudad* por antonomasia, mientras que los empleados de las Aduanas Pontificias mantenian con Caballero un amistoso diálogo acerca de nuestros pasaportes y nuestros equipajes.

¡Ya era tiempo! Hasta aquel instante no habíamos tropezado con la frontera romana, lo cual me traía muy preocupado; pues no habia acertado á discernir si semejante abandono favorecería ó impediría nuevas invasiones de los piamonteses.

Por lo demás, el diálogo de mi amigo y los aduaneros terminó en una moneda de plata, mediante la cual nuestras maletas han permanecido cerradas y nuestros pasaportes se han *ilustrado* con una nueva nota.

—¡*Felice festa!* nos dijeron por último aquellos pobres hombres, quitándose el sombrero hasta los pies.

Y esta frase redobló los latidos de mi corazón; pues me hizo pensar en que pasado mañana es *Noche-buena*, y en que el día primero de Pascua asistiremos á la Misa solemne que dirá el Sumo Pontífice en la *Basílica de San Pedro*.

Legalizada nuestra situación, penetramos por la *Via Babuino*, en la cual mis ilusiones se espantaron y estuvieron á pique de volar al cielo; pero yo estaba preparado de antemano contra semejante accidente, y logré retenerlas dentro de mi alma.

La desilusion provenia del aspecto vulgar de la dicha calle; del aire moderno, europeo, insignificante de las casas; del corte parisien del traje de los transeuntes; de ver faroles de gas en las esquinas, chimeneas de hierro sobre los tejados, tiendas como las de Madrid y aceras como las de Guadix... (esto es, falta de aceras), y, finalmente, de no tener tiempo, mientras era llevado á escape, de reparar, como he reparado despues, en que estos edificios, estas gentes, estas tiendas y estos trajes no carecen de cierto sabor particular á romanos.

En cuanto á los argumentos de que me he valido para apaciguar mi imaginacion, han sido los siguientes:

—«Las ciudades, como las personas, tienen cuerpo y alma. El cuerpo se conoce á primera vista..., y no siempre. Para conocer el alma es necesario el trato.—Sócrates, considerado materialmente, era un hombre de vulgarísimo aspecto. Estudiado durante una larga conversacion, resultaba un ser extraordinario.—Conversemos, pues, con Roma; tratémosla, y ya aparecerá su genio; ya encontraremos su alma.»

A pesar de estas reflexiones, la única cosa notable que encontré en la *Via Babuino* fué la Iglesia católico-griega de *San Atanasio*, y despues entré en la *Plaza de España*, acaso la más bella de la ciudad... bajo el punto de vista *moderno*.

Esta *Plaza*, irregular y prolongada, toma su nombre del *Palacio de la Embajada de España*, que se levanta en ella.—En cuanto al *Palacio*, es propiedad *nuestra*, como otros varios edificios y algunas Iglesias de *Roma*.—Hay más: no hace todavía mucho tiempo, nuestros Embajadores tenían jurisdiccion casi absoluta sobre toda esta parte de *Roma* y disponian de cierta fuerza armada, con que mantenian el orden en el que pudiéramos llamar *su barrio* y se hacian respetar de los barrios circunvecinos.—El *Conserge* del *Palacio*, personaje importantísimo, mandaba aquel pequeño Ejército.—De todo esto queda muy poco, casi nada; pero la consideracion y el respecto hácia la Nacion que da nombre á esta *Plaza*, subsisten todavía—España, en *Roma*, es algo más que potencia de primer orden: es la primera potencia del mundo, *católicamente* considerada.

Al principio de la *Plaza de España*, por su parte más angosta, arranca una anchísima y larga escalinata que conduce á la Iglesia de *Santa*

*Trinitá de Monte*, y al pie de esta escalinata hay una singularísima Fuente, que no es sino una canoa de mármol (la *Barcaccia*), obra del famoso *Bernini*.—Las principales casas de la Plaza son magníficos *Hoteles*, ocupados siempre (menos el verano) por viajeros de todo el planeta.

Entre los hoteles, se levanta el gran *Colegio de la Propaganda*, ricamente dotado por los Papas, á fin de albergar en él, como alberga, un gran número de jóvenes impíos, idólatras y herejes de todas las partes del mundo, á los cuales se da allí educacion católica y se confiere las órdenes sagradas, despues de lo cual son devueltos á sus países respectivos en calidad de Misioneros.—Dicho se está, pues, que en el *Colegio de la Propaganda* se hablan casi todas las lenguas del mundo; pero el *latín* es, como si dijéramos, la *oficial*.—No obstante, dos veces al año se celebra allí una sesion pública, en la que los colegiales recitan poesias en más de cincuenta idiomas y dialectos diferentes.

En frente del Palacio de nuestra Embajada, se levanta el *Monumento* recientemente erigido para conmemorar la definicion dogmática de la *Purísima Concepcion* de la Virgen. El Monumento consiste en una gran *Columna*, muy desgarrada por cierto, coronada con la *Estatua de MARIA*.—Como quiera que sea, me alegro mucho de que el Gobierno papal haya escogido el barrio español para rendir este homenaje á la *Patrona de las Españas*, á quien tantos Altares hemos levantado todos cuando niños (á lo menos así se hacia en mi país y en mis tiempos), venerándola bajo la advocacion de *Patrona de las Escuelas*.

Por último, en la acera opuesta al Palacio de España, se encuentra el *Hotel d' Europe*, en cuyo patio echamos pie á tierra, no sin experimentar una nueva emocion al fijar por primera vez la planta en el suelo de *Roma*.

Era la *hora veinte y una*; quiero decir, eran las dos y media de la tarde...

(La plebe romana cuenta todavía las horas hasta veinte y cuatro, con arreglo al antiguo *Cuadrante italiano*, tomando por punto de partida el ocaso del sol, que marca el fin de la vigésima cuarta hora.—Entonces suena el *Ave-María*, ó sea el *toque de oraciones*, y principia un dia nuevo para la ciudad de los siglos...

Era, pues, la *hora veinte y una*: entregamos nuestros pasaportes al dueño del hotel, á fin de que nos sacase el permiso de la Policía para permanecer un mes en *Roma*; nos instalamos en *confortables* habitaciones; nos comusimos un poco, como dicen en mi tierra; almorzamos ligeramente, sin omitir los indispensables *maccarroni*, y nos echamos á la calle, cada uno por su lado, á despachar algunos urgentísimos asuntos particulares, que yo me permití calificar de *prévios*.

Quería decir con esto, que en el programa de mi primer paseo por *Roma* (que ha durado dos horas y media, y del cual he vuelto hace algunos minutos), no entraba ni por asomos el propósito de verla ó estudiarla, sino, por el contrario, una firme resolucion de andar por ella indiferente-

mente, como si fuese una insignificante capital cualquiera, más atento á mis quehaceres que á lo que encontrara al paso, y dejando para mañana mi visita solemne, *oficial* (perdonadme esta figura), á la insigne Ciudad reina de las edades,—visita que principiaré, como buen cristiano que soy, por la *Basilica de San Pedro*, donde descansan las cenizas del Santo Apóstol cuyo nombre me pusieron en la pila del bautismo.

Salí, pues, á la calle, dejándome en el hotel la poesía, la devoción, la curiosidad, el respeto... ¡casi toda el alma!..., y empecé á andar de una parte para otra, *de incognito á mis propios ojos*, ó por mejor decir, huyendo y recatándome de mí mismo, y precedido de un criado de la Fonda, que tenía órdenes terminantes de conducirme seguidamente y sin rodeos al correo, al telégrafo, á casa de un sastre, á una guantería, á un gabinete de lectura, á una tienda de objetos de escritorio, á una zapatería, á un despacho de tabaco, á un puesto de libros y á un almacén de cuerdas de arpa.

Veamos cómo he cumplido mi propósito.

De la *Plaza de España* fuí al *Corso* por la *via Condoctti*.

En la *via Condoctti* estudié las Fachadas del *Convento Español de la Trinidad* (órden fundada para la redención de cautivos), del *Palacio de los Caballeros de Malta* y del *Palacio del duque Marino Torlonia*; muchos aparadores de riquísimas platerías y de almacenes de camafeos y mosaicos (establecimientos que no tienen rival en el resto del mundo y que dan la norma del gusto en materia de joyas al mismísimo París); la Puerta del *Café Greco*, dentro del cual, según mis noticias, acostumbra á reunirse todos los días más de una vez los veinte ó treinta jóvenes españoles, pensionados ó sin pensionar, que estudian las bellas artes en Roma (entre los que tengo yo algunos amigos, que ya iré á buscar allí): la muestra de la *Trattoria de Lepre*, donde comen generalmente esos jóvenes artistas, y en fin, otras muchas tiendas de las más principales de la ciudad.

El *Corso*, el célebre *Corso*, del que habreis oído hablar muchas veces á propósito del renombrado Carnaval de Roma, empieza, como vimos, en la *Plaza del Popolo*.—Por la *via Condotti* salí casi á la mitad de él.—En aquel momento reinaba allí grande animación. Centenares de carruajes cruzaban en todas direcciones. Algunos de estos carruajes eran enormes é iban tripulados al exterior por un cochero y dos lacayos vestidos de encarnado, con sombreros de tres picos, y provistos de inmensos paraguas también rojos, mientras que en el interior se veían graves personajes vestidos de púrpura, acompañados de otros, no tan graves, vestidos de morado. Eran Cardenales y Obispos: eran quizá las Autoridades de *Roma*: alguno de ellos podía ser el Ministro de la Guerra (que aquí se llama *de las Armas*), ó el Gobernador civil (*Monsignor Governatore*), ó tal vez el mismo cardenal Antonelli...—¡Me dió miedo sin saber por qué!—En otros carruajes iban gentes de diferentes hábitos, que yo no sé distinguir todavía, llevando á la parte de afuera criados de rarísimos uniformes.—

La servidumbre de los paisanos y de las señoras que se dirigian al *Pincio* en lujosas carretelas, ostentaba tambien grandes libreas, cancellerescos sombreros, solemnes atributos.—Todo respiraba, en fin, en la gente que no iba á pie, categoría y ceremonia.—Muy raro ha sido el tren liso y llano que he encontrado; raro el jóven á caballo; más raro todavía el impertinente lechuguino que regía por sí mismo su carro... *inglés*.—¡Iba á decir *romano!*

A pesar de no haber salido hoy con ánimo de observar, he fijado ansiosamente mi atención en cuantas personas encontraba en mi camino, y he pedido á sus rostros un reflejo del antiguo pueblo-rey.—Y la verdad es que he notado muchos caracteres clásicos en todas las fisonomías. Los hombres de la clase pobre, con sus capas de color, sus sombreros de ancha ala y alta copa puntiaguda, su calzon corto, su faja, su cara aguileña, sus ondulantes cabelleras y magníficas barbas, me han infundido cierto respeto. Los grandes señores parecen retratos de la Edad-Media. Las damas principales, severas, pálidas y grandiosas, tienen algo de las matronas romanas. Pero las que me han sorprendido é interesado sobre todo han sido las plebeyas, recias y altas, con su abundante y hermoso pelo, su noble nariz, sus puros dientes, su voz viril y sonora y aquella magestad del andar, que recuerda las procesiones de los Bajo-relieves, ó aquel soberano reposo, que hace pensar en las Cariátides.

Tambien me han chocado extraordinariamente unas singularísimas calesas, de que he visto muchos ejemplares en el *Corso*.—Hé aquí su estructura: de un lado se alza, como un abanico abierto, una rama de árbol, forrada de tela pintada al óleo: este abanico se ahueca un poco, hasta formar una especie de concha, y bajo esta concha se alberga un hombre, sentado sobre ocho toneles de vino, con los cuales va por la Ciudad surtiendo las casas y las tabernas.—Para que todo sea raro en semejante vehículo, el caballo que lo conduce lleva *al margen*, es decir, sujeto á á uno de los lados del arnés, un haz de heno, del cual, al par que marcha, puede ir comiendo, y come... sólo con un *volver de cabeza*.—Finalmente: entre las campanillas que penden del cuello del caballo, se ve siempre una gran Medalla que representa á la *Madonna*...

Todo esto he visto en el *Corso*, y además muchas tiendas de Pinturas y Esculturas (bastante malas), copias de los primeros prodigios del *Vaticano*, hechas indudablemente por tanto y tanto artista de remotos países como viene á estudiar y á morir de hambre á *Roma*.—¡Oh!... cuántos heroicos poemas de amor al arte habrá detrás de cada una de esas audaces y desacertadas copias!—Esto me hace pensar en nuestro inmortal Ribera, alimentándose de los mendrugos de pan que sobraban de borrar y corregir dibujos en el taller de sus maestros.—Y Ribera llegó al fin... Pero ¡cuántos morirán en el camino!

Aparte de estos almacenes de desdichas peculiares de *Roma*, he hallado otros muchos, abundantemente provistos de los comestibles, ropas, muebles y demás efectos que son comunes en toda Europa. Por cierto que he

entrado en uno á comprar cuerdas de arpa, creyendo haberlas visto en un aparador, y me he encontrado con que allí no se vendia más que *fideos*... de diferentes gruesos; lo cual ha hecho reir mucho á toda la familia del comerciante.

En cambio, me ha dicho éste:

—¿Cuerdas de arpa?... las encontrará usted cerca de la *Columna de Trajano*.

¡Y si viérais con qué frescura me daban tales señas!

—¡La columna de Trajano convertida en accesorio de unas cuerdas de arpa! (medité yo!).—Creo que mi hermana me agradecerá el regalo...

Y me acordé de aquel diccionario que decia:

NAPOLEON.—s. m. Pieza de cinco francos.—Tambien hubo un Emperador de este nombre.

Humildísima va siendo la historia de mi primer paseo por la Ciudad Eterna; pero téngase presente que hasta ahora no he hecho mi entrada solemne en *Roma*, y que, al salir hoy á la calle, me habia dejado en el Hotel todo lo que tengo de poeta y de artista, por poco que ello valga.—Mañana será otro dia.

Conque volvamos al *Corso*.—El *Corso*, á pesar de su fama, no es más que una insignificante calle recta, angosta, muy larga, sin árboles, pero con aceras (¡cosa rara!), interrumpida por la *Piazza Colonna*, que se encuentra á su mitad, y adornada de cinco ó seis *Iglesias* y de muchos *Palacios*, algunos de ellos interesantes y hermosos.

En la *Piazza Colonna*, donde se encuentra el Telégrafo eléctrico, no he podido ménos de ver, á pesar de mis propósitos de ser ciego, la célebre *Columna Antonina*, que se levanta en medio de ella, y que le dá nombre.

Aquel solitario Monumento fue erigido donde mismo se halla (antiguo *Foro de Antonino*), para celebrar las victorias de Marco-Aurelio, cuya estátua lo coronaba.—Hoy lo corona una Efigie de bronce dorado que representa á *San Pablo*.—La *Columna* mide 103 piés de altura; tiene una escalera interior de 190 peldaños; es de mármol; está cubierta de bajo-relieves, y no se distingue ciertamente por su gallardía.—Tal vez contribuye á hacerla tan pesada, la circunstancia de que hoy se la contempla desde un punto de vista para el que no fue levantada seguramente.—El suelo de *Roma* ha subido muchísimo desde aquel tiempo, á consecuencia de tanto escombros y ruina como han acumulado los siglos y las revoluciones, y hoy, no sólo no campea la *Columna Antonina* sobre eminencia alguna, sino que de su antiguo pedestal quedan aún sepultados 11 piés bajo la codiciosa tierra.

En cuanto á la *Plaza*, la forman cuatro magníficos Palacios: el de *Chigi*, el de *Buoncompagni*, habitado por el Príncipe Piombino, el de *Braccadoro* y el de la *Gran Guardia*, donde tienen un *Casino* los Oficiales de la guarnicion francesa, y cuyo pórtico de mármol blanco está formado con esbeltas columnas traídas de la difunta *Veies*.—En este último edificio se halla establecido el *Telégrafo eléctrico*.



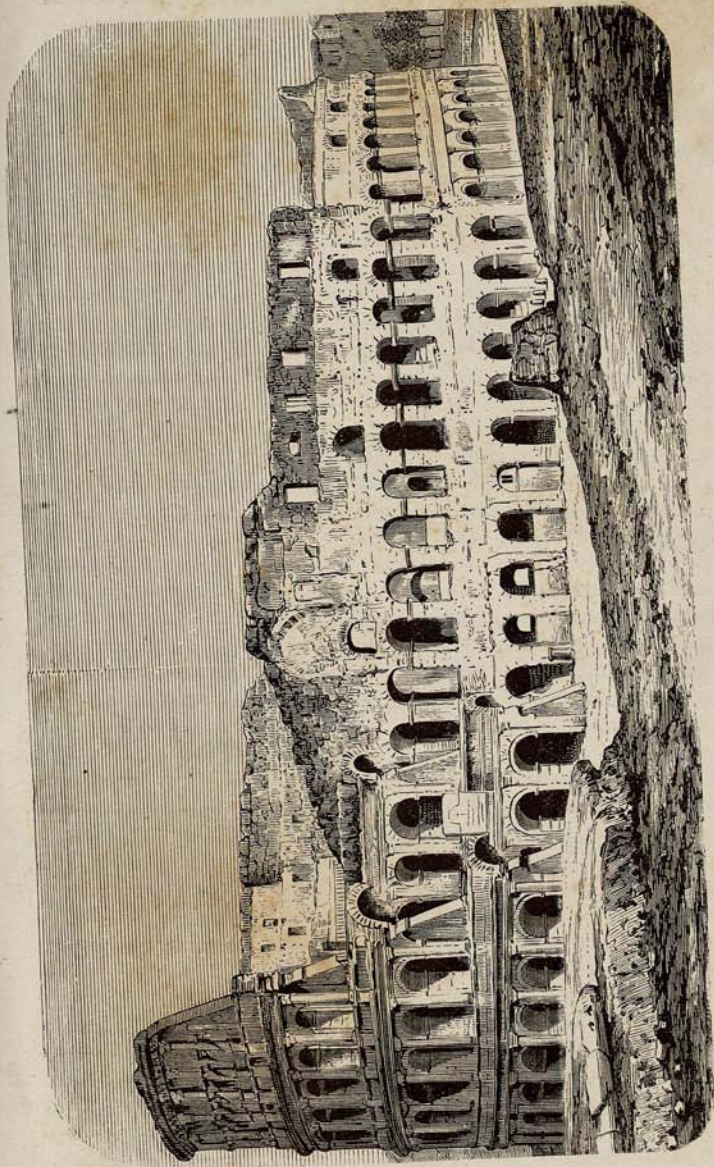
Para mí tiene siempre algo de solemne el acto de poner un telegrama; pero mucho más lo ha tenido hoy, al ver el nombre de *Guadix* (de la antigua Acci, *Colonia gemela* de los Romanos) en el libro ó cuadro de las Estaciones telegráficas con que se comunica instantáneamente la Ciudad Eterna; al dirigir desde la Capital del mundo mi saludo filial, en vísperas de Pascuas, al hogar de mis Padres; al pensar que en aquel momento resonaba ya una campanilla eléctrica al pie de Sierra-Nevada, diciendo á los que tanto amo: «*Os hablo desde Roma.—Felicidad*»; al imaginarme la emocion religiosa con que habrá sido allá recibido este mensaje, que ha puesto por un momento en comunicacion material á la Córte de los Papas con la pobre Ciudad cristiana que gimió cautiva ocho siglos en poder de los Agarenos; al meditar, por último, en que mi palabra de amor acababa de recorrer toda la Italia, toda la Francia, toda la España, cruzando por Florencia, Turin, París, Madrid y tantas otras grandes capitales, desdeñándolas y dejándolas atrás, y diciéndoles arrogantemente: «*¡Paso! ¡paso!* ¡*Voy á Guadix!*»

El Telegrafista con que me he entendido es un pobre Conde que habla medianamente el español.—El parte me ha costado 70 reales.

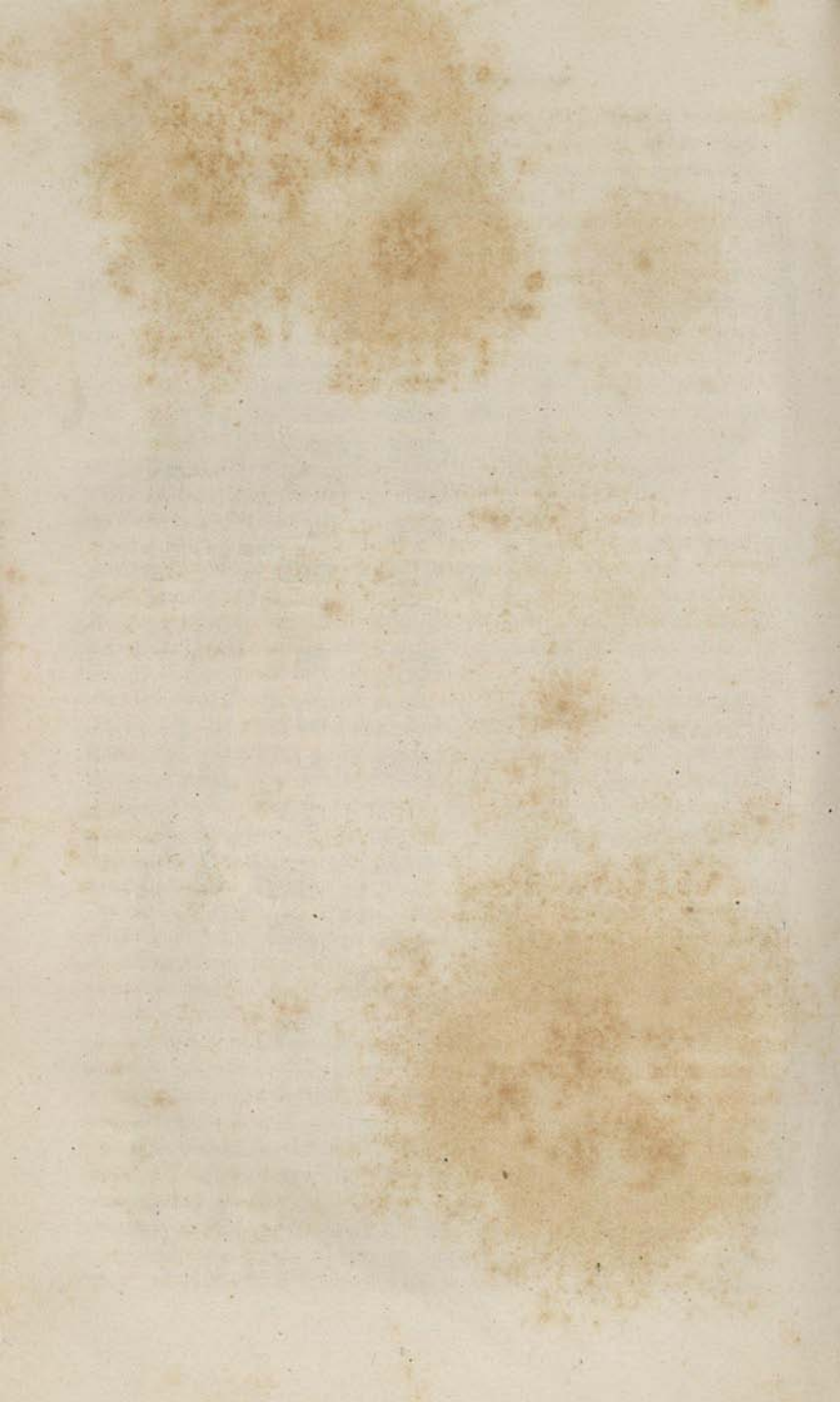
(La moneda española es la más corriente en *Roma*, cuyo sistema monetario es igual al nuestro en las piezas de plata.—Nuestro duro de 20 reales hace las veces del *scudo* romano: la *peseta* equivale al *papetto*, y la pieza de *dos reales* corresponde al *paolo*.—En las monedas de cobre hay diferencia, pues se ajustan más al sistema francés. El *papetto*, como el *franco*, se divide en 20 sueldos (*bajocchi*).—Un real tiene, pues, cinco *bajocchi*, representados por una enorme pieza de cobre.—Además hay monedas de dos *bajocchi*, de un *bajocco* y de medio *bajocco*. Las monedas de oro más corrientes son el doblon (*doppia*), que vale 64 reales y un *bajocco*; el zequin (*zecchino*), que vale 81 reales, y la pieza de *cinque scudi*, que no es más que nuestra moneda de cinco duros.)

Antes de poner el parte telegráfico he estado en el Correo, lo que me ha colocado en la *dura necesidad* de ver el gigantesco y sublime pórtico del *Pantheon* y la plaza de *Monte Citorio* con su grandioso *Obelisco*...—Pero os juro que apenas he mirado de reojo estos monumentos...—¡Si me hubiera parado delante del *Pantheon*, adios, correo; adios telégrafo; adios, cuerdas de arpa; adios todo!—¡No: no los he visto: no he querido verlos!—Ya los veremos de la manera que se merecen.

En el Correo hablaban tambien español: allí tenia detenidas multitud de cartas y periódicos; pues hace un mes que mi familia y mis amigos me creen en *Roma*, lo cual quiere decir que en todo este tiempo no habia recibido noticias suyas.—¡Oh!..., si supieran los que se quedan cuán grato es al que viaja por tierra extranjera recibir en cada pueblo el saludo de la patria, de la amistad, de la familia ó del amor..., sembrarian de cartas todo su camino!—Hasta aquellas que os hubieran sido indiferentes, si no enojosas, en otras circunstancias, adquieren un valor in-



EL COLISEO DE ROMA.



*menso* recibidas en suelo extraño...;—y no lo digo por lo muy caro que se paga el porte en *Roma*.

Al tiempo que despachaba esta tarde los demás *asuntos previos* que he indicado, he visto, ó más bien tenido cerca de mí, otros muchos Monumentos de celebridad universal; pero tampoco los he mirado, llegando á veces á cerrar los ojos para no verlos.—Yo no gusto de abrir los libros por cualquier página ni de leer el desenlace antes que el argumento.—Así es que esta tarde sólo he consagrado mi atención á la *Roma* del siglo XIX, á la capital corriente, si se me permite esta frase; á la ciudad de los vivos..., complaciéndome en examinar las tiendas y oficinas, en estudiar el carácter de las gentes, en averiguar el precio de las cosas, y en otras operaciones por el estilo.

Resúmen de mis observaciones: que en *Roma* no hay industria alguna; que todo lo que se vende en sus almacenes es francés ó inglés; que la vida es aquí muy barata; que, sin embargo, á cada paso encuentra uno un mendigo; que á estas horas he tenido ya el gusto de ver Frailes de todas las Ordenes y de todos los hábitos; que los Teatros están todavía cerrados, pero que dentro de cuatro dias (el segundo de Pascua) se abrirán al público muchos de ellos, pues (Dios sea loado) en el dicho dia principia el *Carnavalone*; que los carteles del *Teatro Albert* anuncian para entonces la *Presa di Tetuan* (la toma de Tetuan), á la que no faltará seguramente; que en el *Teatro Apolo* hay una gran Compañía de Opera, en la cual conozco á algunos cantantes, entre ellos á mi amigo Bartolini; que pasado mañana es Noche-Buena y oiremos la Misa del Gallo en *Santa María la Mayor*; que el Papa está bueno y celebrará de pontifical en *San Pedro* el dia 25; que los seglares creen que el *poder temporal* caerá con Gaeta, si los franceses retiran de allí su Escuadra; que un comerciante me ha dicho:—«Ha hecho usted bien en venir este año á ver una gran ceremonia en *San Pedro*; pues el año que viene, la Sede Apostólica se encontrará en otra parte»; que en un Gabinete de Lectura que he visitado no he encontrado más periódico español que *La Esperanza*, ni otro lector, en las tres salas de que se compone, que un cura tambien español, de quien ya soy amigo; que allí he leído parte de un discurso de Gonzalez Bravo; que en la *Plaza de España* hay una tercena donde se venden excelentes cigarros habanos; que en los buenos *restaurants* se encuentran esquisitas ostras; que el marqués de Miraflores, recientemente nombrado Embajador de España cerca de la Santa Sede, llegará á *Roma* dentro de pocos dias; que mi amigo y hermano en Apolo (menos esquivo con él que conmigo) Amós Escalante, se encuentra hace dias en esta gran Ciudad; que será fácil conseguir que S. S. Pio IX me conceda una audiencia, y, en fin, que el *Coliseo*, el *Foro*, las *Catacumbas*, las *Termas*, el *Capitolio*, la *Roca Tarpeya*, los *Columbarios*, el *Palacio de los Césares*, etc., etc., existen todavía y me esperan en su sitio, de modo que, con sólo dar algunos pasos, podré verlos...

¡Qué perspectiva de goces, de entusiasmos, de admiraciones y de

asombros! ¡Qué mundo de nuevas, de únicas, de supremas maravillas en torno mio! ¡Qué dias tan grandes y tan deseados me aguardan!—¡Mi corazon late violentamente, sólo con la expectativa de tan hondas emociones!

Abrumado, pues, por el cúmulo de mis esperanzas, me he refugiado en el *Hotel* y he escrito estas líneas, que debeis tolerar pacientemente, como toleramos todos la confusa algaravía que mueven los músicos cuando templan y armonizan los instrumentos antes de entrar en materia...

Hasta mañana.

### III.

#### EL COLISEO Á LA LUZ DE LA LUNA.

El mismo dia 22—á media noche.

Guardadme el secreto.—Mi alma se ha escapado esta noche del *Hotel*, donde la tenia prisionera, y ha recorrido á la luz de la luna las ruinas de la antigua *Roma*.—Que no lo sepa la *Basilica de San Pedro*.—¡Que no lo sepa *yo*, el peregrino cristiano!

Eran las nueve de la noche; el cielo se habia despejado, y la creciente luna tendia su manto de plata sobre la silenciosa Ciudad.—Una tentacion irresistible se apoderó de mi alma... ¡Habia oido hablar tanto *de ello*! ¡Lo habia soñado tanto! ¡Era el momento tan oportuno!—Todo se reducía á un viaje de dos millas, en coche; á un peligro más ó menos; á un poco frio...—¡Pero, en cambio, veria el *Coliseo* al fulgor del astro de las ruinas, turbaria el sosiego de cien generaciones, evocaria sus sombras y sus recuerdos!

Vana fue la resistencia que me opusieron mi amigo y mi razon; en vano se me habló de ladrones y se me anunció que las afueras de *Roma* estarian intransitables á consecuencia del hielo y de la nieve de estos dias: en vano me arguyó la pereza, protestó la conciencia y me miró asombrado el cochero, á quien le dije en la plaza de España, despues de sentarme á su lado en el pescante: ¡*Al Colosseo*!—¡Todo fue en vano!—La suerte estaba echada. El alma habia recobrado su imperio sobre los sentidos.

Y héme aquí ya de vuelta.—¡Oh, lo que he visto!...

¡He visto á *Roma*!... á la *Roma* ideal, á la *Roma* de la historia, á la *Roma* de la poesía!—Las sombras de muerte que cubren la antigüedad se han disipado á mis ojos..., y ha habido un momento en que me he creído trasportado á los primeros siglos del Imperio, al origen del Cristianismo.—He temblado, he llorado, he balbuceado, en fin, una plegaria en aquellos sitios que representan la agonía de un mundo y el nacimiento de otro.—¡Noche inolvidable! Todas las tempestades de lo futuro no bastarán á

oscurecer en mi memoria la tibia claridad con que tu luna bañaba de melancolía los restos del naufragio de las edades paganas.— ¡Espectáculo sublime!

Pero bueno será que recordemos por su orden todos los pormenores de esta solemne expedición.

Partí, como dejo indicado, de la *Plaza de España*, encaramado en el pescante de un coche de alquiler, al lado del auriga.— Desde aquel humilde, pero eminente puesto, dominaba perfectamente el camino que seguíamos.

Hacia un frío espantoso. El cielo estaba despejado como siempre que escarcha.— La luna parecía un témpano de hielo.

Las calles que recorríamos se hallaban sumergidas en densas tinieblas y funeral silencio. El alumbrado público (que es de gas) no ardía, porque hacia luna; pero la luna daba ya sólo en el último tercio de las casas que miraban á Poniente. La atmósfera helada carecía de diafanidad, y la transición de la blanca luz á las negras sombras era violenta, súbita, fantástica á sumo grado.

El cochero tomó por unas calles angostas y desiertas. A veces pasábamos bajo altos Edificios, cuyo nombre me guardaba muy bien de averiguar... — ¡sombrios fantasmas, á quienes preguntaba solamente si eran cristianos ó gentiles; y esto con una rápida ojeada, que las más veces me dejaba en duda!...

Entre ellos recuerdo algunas recias y altísimas Columnas, ennegrecidas por los siglos, incrustadas en casas modernas; ó, por mejor decir, algunas casas modernas apoyadas en seculares Columnas... ¡Melancólica alianza de las dos Romas!

Así seguimos por intrincadas calles (que, según decía el cochero, acertaban el camino): así fuimos dejando atrás barrios y barrios;— unos, en que todavía se notaban señales de vida; ó sea ténues hebras de luz á través de las grietas de los muros y de las hendiduras de puertas y ventanas;— otros, en que ya no se percibían luces algunas, pero cuyos edificios dejaban también adivinar (no sé por qué) que detrás de sus paredes había gente entregada al sueño;— y otros, en que era indudable que nadie vivía, ni despierto ni dormido; en que ya no reinaba el sueño, sino la muerte; barrios, en fin, de casas deshabitadas; tristes albergues de la muda soledad; playas desiertas de donde se ha alejado el mar humano; álveo seco del río de la vida:— así crucé, finalmente, por delante de casas sin ventanas ni puertas; luego á la vista de otras sin techos; despues por solares cubiertos de escombros, de entre los que se alzaba algun melancólico lienzo de pared; en seguida, por un trillado cascajal, término medio entre las ruinas y el polvo..., hasta que, por último, de pronto, sin preparación alguna, ví levantarse delante de mí, cerrándonos el paso, una elevadísima y amplia cortina negra, ó sea un inmenso muro, simétricamente agujereado por angostas ventanas, que dejaban ver el cielo esclarecido por la luna...

—¡El *Colosseo*! dijo lacónicamente el auriga.

¡Era él! ¡Era el luctuoso espectro, envuelto en un sudario de sombras!

Nosotros lo habíamos abórdado por su parte más alta, cerca del Pórtico.

La luna quedaba oculta detrás de la gigantesca mole.

Para llegar al pie del coloso, tuvimos que bajar algunas rampas, deslizándonos por el hielo. (El *Coliseo* se levanta hoy en una hondonada, á causa de lo mucho que se ha alzado el terreno que lo cerca).

A medida que avanzábamos nosotros, el negro fantasma crecía. Cuando estuvimos ya tocándolo con la mano, parecióme que el disforme anfiteatro llenaba todo el universo.

Dejé el coche, y me puse á buscar la puerta, deslizándome á lo largo de aquel inmensurable círculo.

En esto oí un leve ruido de armas ó de llaves, y una voz que gritaba en francés, en medio del más alto silencio :

—¿*Quién vive?*

—¿*Quién resucita?* contestó un eco en el fondo de mi alma.

—*Amici* (amigos), respondió el cochero en italiano, añadiendo en seguida en un francés casi ininteligible :

—*Monsieur*: es un caballero que quiere visitar el *Coliseo*.

—¿*Por qué monsieur?* (me dije yo) ¿Será francés el *conserje*?

—¡*Atrás! no se puede...* respondió la voz en el idioma trasalpino.

Y volvió á resonar el ruido metálico, que ya no me dejó duda acerca de su procedencia.—Era rumor de armas.

—¿Hay bandidos en el *Coliseo*? le pregunté al auriga.

Hasta entónces no me había acordado de *Gasparoni*, de *Luigi Vampa*, del *Conde de Montecristo...* etc., etc.

—Ya no los hay (contestó el cochero). El que nos habla es un centinela.

Era, en efecto, un soldado francés de los que dan la guarnicion á Roma.—¡Era un *galo*, enseñoreándose de la ciudad de César!

¡Y un romano de hoy acababa de decirle *monsieur*; acababa de llamarle *amo, mi señor!*—Nunca fué denominado así en España un soldado extranjero.

El centinela, que nos oía cuchichear y nos veía inmóviles, añadió con mayor furia, destacándose de su garita :

—¡Atrás, digo! El *Coliseo* no puede visitarse de noche sino con una órden del General Goyon.

—Yo busco al *Conserje* (respondí entonces en francés y con cierta altanería). Dígame usted dónde podré encontrarlo.

El centinela se ablandó al oír el idioma de su patria; descansó el fusil en tierra, y me dijo suavemente:

—¿Es usted francés?

—¡Como si lo fuera! (le respondí). ¿De qué regimiento es usted?

—Del 25 de línea.

—Entonces ha estado usted en la batalla de Solferino.

—Justamente. ¿Y usted?

—Yo he estado también en Solferino; pero año y medio después de la batalla, á visitar la tumba de tantos bravos...

—La habitacion del conserje (dijo el francés con mayor suavidad), está hácia la izquierda, al fin de una galería... Pero dudo que logre usted encontrarla. El Coliseo es un laberinto sin fin, y hay algunos hundimientos en que es fácil romperse la cabeza.

—Yo daré con su habitacion (repliqué), y aunque no dé con ella, habré logrado mi objeto, que es ver el Circo á la luz de la luna...

Aquí juró y se rió el buen centinela, que era un gascon muy cerrado, y aceptó un cigarro que yo le alargaba, en cambio del cual me dió lumbre para encender el mio.

—No extrañe usted (me dijo entonces) que estemos tan sobre aviso. ¡Hace siete dias que á esta misma hora y en el sitio en que estoy, un pícaro romano mató á un centinela de una puñalada!

—¿Cómo pudo ser? ¿No tenia el centinela su fusil?

—Es que el romano se llegó á él á pedirle fuego para un cigarro; mi compañero se confió..., y un momento después... ya no existia. Cuando vinieron á relevarlo, se lo encontraron bañado en su sangre y sin fusil, con una caja de fósforos en la mano.

Al oír esto, me acordé de nuestros centinelas, asesinados del mismo modo por los moros de Tetuan al principio de la ocupacion de aquella plaza, y respeté un poco más á los romanos de hoy.

Con lo cual dí las buenas noches al centinela, y penetré por una oscura puerta del Coliseo, como el *Beltran de Roberto il Diavolo* se sumerge en los antros infernales.

Primero anduve algun tiempo entre densas tinieblas, guiado por la remota perspectiva de algun Arco ruinoso que daba paso á la luz de la luna. A un lado y otro dejaba Galerías aún más lóbregas.—El miedo á los ladrones habia desalojado mi imaginacion; pero terrores más fantásticos habian penetrado en ella... Aquellos tenebrosos corredores me parecian llenos de sombras de mártires cristianos; la arena que se hundia crugiendo bajo mis plantas me hacia creer que pisaba charcos de sangre: en cada una de aquellas cavernas, cuyas negras bocas se abrian á mi alrededor, me figuraba escuchar rugidos de tigres, panteras y leones... y hasta percibir su olor felino...

Aunque sin luz que me permitiera distinguir la estructura de los Arcos y Bóvedas que se levantaban sobre mí, formaba idea de sus colosales dimensiones, sólo con reparar en las distancias que recorria para pasar de una Galería á otra, cortando en *zigzag* los círculos concéntricos que median entre la periferia del Edificio (4,644 piés) y la dilatada *Arena* en que



tenian lugar los espectáculos.—Aquello, más que una obra de construcción, parecía haber sido cavado en las entrañas de una cantera, y me hacía adivinar las descomunales Pagodas labradas en el corazón de las Montañas del Thibet.

Al fin logré salir al anchuroso Circo...

Al desparramar por él una absorta mirada, la primera idea que me asaltó fué la de mi pequeñez, la de mi soledad...—¡En aquel Anfiteatro, que pudo contener 107,000 personas, estaba yo solo! ¡Allí, donde habían concurrido tantas generaciones, no había nadie! ¡Allí, donde mil y mil veces resonaron gritos, aplausos, risas, rugidos de fieras, ayes de moribundos, no se oía nada, nada..., ni tan siquiera los latidos de mi corazón, paralizado también por el espanto!—En vez del sol, y del bullicio, y del vocerío, y de la lucha, y de la sangre..., ¡nada!...—¡La luna, muerta en el cielo: la muerte y el silencio en la tierra!

Por todas partes, las gradas desiertas... las gradas mudas... las gradas solas...—Cada piedra parecía el sepulcro de los que sobre ella se sentaron.

Allí el *Podium* donde se colocaban el Emperador y su familia, los Magistrados, los Senadores y las Vestales: allí los *vomitórios* por donde la multitud se desbordaba sobre el graderío y los palcos: allá arriba el lugar de los esclavos: de aquella parte arrancaba el *velarium* que 480 marineros corrían sobre el Anfiteatro á fin de preservar del sol y de la lluvia á todos los espectadores; en aquel lado estaban las verjas de bronce que daban paso á las fieras; por allí entraban las Víctimas..., por allí los Gladiadores... ¡Y aquí, en esta arena... qué horror!...

Mientras pensaba de este modo, no veía nada realmente. Estaba clavado á la entrada del vastísimo Coso, y mi imaginación era presa del delirio.—Pronto me repuse, y quise ver y tocar la realidad.

Sólo una comparación puede dar idea exacta del *Coliseo* visto por dentro.—Figuraos una inmensa Plaza de Toros, de forma oval, toda de piedra, cuyas gradas se elevan hasta 157 piés de altura. En torno de la arena se levanta un muro, que protegía al público contra las fieras. Sobre este muro hay una plataforma, que era el lugar de preferencia, e *Podium* que hemos citado. De la plataforma arrancan cincuenta *Gradas*. De lo alto de estas gradas se pasaba á la *Galería superior*.

El *Coliseo* no ha podido ser destruido ni por los siglos, ni por las revoluciones, ni por la barbarie; y, sin embargo, todos estos enemigos han trabajado tenazmente contra él.—Muchos enormes Palacios de Roma han sido construidos con piedra arrancada de aquella montaña artificial, y, con todo, la obra conserva su forma, su conjunto, sus gigantescas proporciones. Por algunos lados la ruina es muy visible; por otros, ya se mire desde dentro, ya desde fuera, el coloso parece intacto.

El *Coliseo* se debe á *Vespasiano* y á *Tito*.—Muchos millares de prisioneros judíos, traídos á Roma atados al carro del destructor de Jerusalem, trabajaron en esta obra nefanda, después de haber visto caer en

ruinas el Templo de Salomón...—¡Misterios de Dios! El pueblo de Israel amasó con su sudor y su sangre el ancho circo destinado al martirio de los cristianos!—Tito inauguró el *Coliseo*, el año 79 de nuestra Era, con unas Fiestas que duraron *cientos de días* consecutivos, durante los cuales perecieron allí 2,000 gladiadores y 5,000 fieras!—Después... son innumerables los esclavos, los cautivos y los creyentes que han derramado su sangre en aquel suelo.—¿Quién ignora, sólo por lo que atañe á los cristianos, las sangrientas hecatombes de los tiempos de Domiciano, Marco-Aurelio, Setimio-Severo, Maximino, y sobre todo las decretadas por Diocleciano, las de la *Era de los Mártires*?

Pero volvamos á olvidar lo pasado, y consideremos el *Coliseo* tal como hoy se halla; tal como yo lo he visto esta noche.

La luna bañaba aquella mitad del redondel y de las gradas en que había dado el sol durante el día. La otra mitad, la parte de *sombra*, estaba cubierta de nieve...

Avancé hácia la region iluminada por la luna, sin separarme del *Podium* ó barrera (pues no sé por qué, me daba miedo de cruzar diametralmente el anchuroso Circo), y reparé que, de trecho en trecho, se levantaban en torno de la Arena unos solitarios Pilares, á la manera de garitas, cuyo objeto no podía comprender.—Acerquéme á uno de ellos; pero estaba en la umbría, y no acerté á distinguir su verdadera forma, ni mucho ménos la naturaleza y objeto de una como lápida, preservada por una verja de alambre, incrustada en aquel lado de cada pilastra que miraba al centro del Anfiteatro...

¿Qué podía ser aquello? ¿Serian monumentos levantados para perpetuar la memoria de los Césares? ¿Serian refugios ó burladeros para los luchadores perseguidos por las fieras?—Repito que no podía adivinarlo...

Llegué, en fin, á un tercer Pilar en que daba la luna; fijé una tenaz mirada al través de la rejilla de alambre, y... ¿qué direis que ví?—¡Ví la pálida cabeza de JESUCRISTO!

Era, sí, una pintura que representaba á *Jesús Nazareno* con la Cruz acuestas, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado, y el dolor y la mansedumbre en los anublados ojos...

Esta aparición me asombró primeramente; luego infundió en mi alma gratitud, veneracion y ternura; por último, me comunicó valor y tranquilidad; me dió compañía en aquella soledad de muerte, y alejó de mí imaginacion todos los frios espectros que la aterraban un momento antes.

Y dejé de temer que en los subterráneos del *Coliseo* hubiese quedado escondida, bajo los escombros del Imperio Romano, alguna tigre con sus cachorros; y comprendí que el sepulcro de la Antigüedad pagana era la cuna de la Nueva Era; y encontré que no me hallaba solo en aquellas ruinas en que vivía el espíritu de Dios; y recordé finalmente que no estaba en un Teatro maldito, sino en un Templo consagrado á los *Mártires*...

Resumiendo: Aquellos pilares eran un *Via Crucis*.

Entonces me atreví á atravesar la *arena* diametralmente, y, al llegar cerca de su centro, ví levantarse en los aires una enorme Cruz negra, cuyos brazos parecian tocar en Oriente y Occidente.

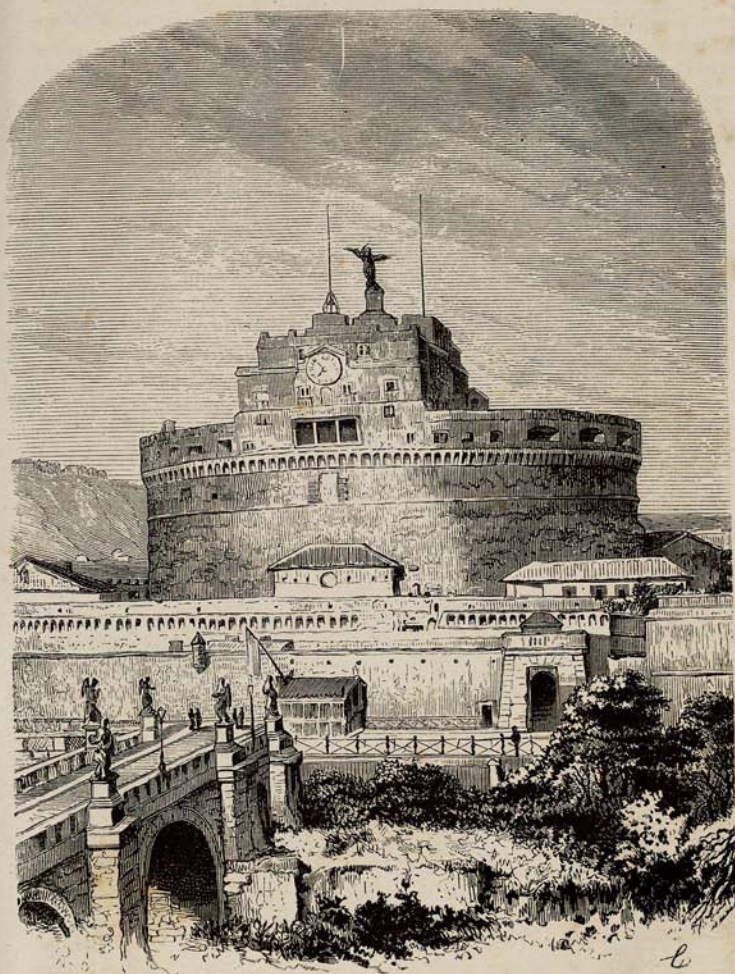
Esta Cruz, herida oblicuamente por la luna, se copiaba en el suelo con proporciones tan colosales, que abarcaba toda la arena.—Yo me acordé de la Cruz que se apareció á Constantino cuando marchaba contra Magencio, y de aquellas milagrosas palabras: *In hoc signo vinces....*

La que se alza en medio del *Coliseo* fue levantada por el Papa Benedicto XIV, asi como las Capillas ó *Estaciones* de la *Via Sacra* que he citado.—Y es que desde los tiempos de aquel Pontífice se celebra en el ancho Circo, todos los viernes por la tarde una Funcion religiosa, que consiste en el *Via Crucis* y en un Sermon (predicado al aire libre por algun Fraile desde el lugar que ocupaban los Emperadores durante las sanguiñosas fiestas en que murieron tantos cristianos); sermon que escucha tranquilamente el Pueblo Romano de hoy, sentado en las mismas gradas en que sus progenitores aplaudian hace quince siglos los cruentos espectáculos que ahora anatematiza el Predicador.

No sé por qué, al considerar estas cosas, me inquieta en cierto modo el que una misma raza sea juez, parte y testigo en el proceso histórico-religioso que se abre allí todos los viernes.—Por lo menos, se me figura que en tales ceremonias no dominará aquel íntimo y entrañable sentimiento con que se oye misa en *Santa Maria de la Alhambra*, esto es, en la Iglesia Cristiana levantada sobre los Alcázares del ausente y desheredado moro; asi como que tampoco experimentarán los católicos de Roma, en las solemnidades religiosas del *Coliseo* ó del *Pantheon*, las sublimes emociones con que un español ó un frances visitaria el Santo Sepulcro... despues de haber arrojado de Jerusalem (porque no bastaria vencerlos ni dominarlos) á los judíos, á los turcos y á los árabes que hoy la profanan...

Pero, en fin, esto que digo se refiere á la presencia del *romano* en en Roma; no á la del *católico*.—Nosotros, los hijos de otros climas, sentimos en las márgenes del Tiber lo mismo que sentiriamos en las orillas del Jordan. Nosotros no somos cómplices de Neron y Domiciano. Para nosotros, los actuales habitantes de *Roma* tienen algo de gentiles. Aunque latinos por el idioma, por la civilizacion, hasta por la sangre, nosotros representamos la accion del mundo contra Roma.

En otra forma: el centinela galo que guarda la puerta del *Coliseo*, protege el santuario de los Mártires contra la plebe romana (hace quince años el *Coliseo* era una cueva de bandidos), y los romanos de hoy no se horrorizan delante de los escombros de la gentilidad, por la sencilla razon de que esos escombros representan el solar de sus mayores.—¡Quizás no olvidan tampoco que el Cristianismo fue el rayo con que Dios hirió la frente del Capitolio!—El Pueblo de Roma tiene que ser, por consiguiente, ecléctico. Cuando más, se considerará á sí propio, y á un mismo tiempo, como vencedor y vencido.—¡Ah! La conversacion de Constantino



CASTILLO DE SAN ANGELO EN ROMA.



fue una transacion... (Muchos han dicho que una *fusion*)... Y de aquí los Iconoclastas; de aquí Savonarola, Arnaldo de Brescia y Rienzi; de aquí Juan de Huss; de aquí la reforma; de aquí muchas de las cosas que suceden hoy...

Más de una hora he permanecido dentro del *Coliseo*. Durante ella lo he recorrido en todas direcciones y subido á lo alto de las gradas...—Allí, sentado en frente de la luna, con el ancho Circo á mis pies, he contemplado las venerables ruinas, cubiertas de efimera nieve, y el inmutable cielo, decorado de sus luces eternas...

Aquellos eran los mismos luceros que consultaban los fundadores de Roma... Aquella era la misma luna que vió conspirar á los Gracos; que miró á los galos acampados á las orillas del Tiber; que brilló en los ojos de Anibal; que alumbró á César; que presenció el incendio decretado por Neron; que lució en el cielo la noche del martirio de San Pedro; que reflejó sus rayos en las hordas capitaneadas por Alarico, Genseric, Atila, Ricimir, Odoacro, Totilla y tantos otros devastadores de la gran Ciudad...

¡Oh! sí: era la misma luna: la que inspiró á Virgilio, á Horacio, á Tibulo y al poeta de los *Tristes*...—Y yo me decia:—¡Cuántas oleadas de hombres deshechas contra la roca impenetrable del tiempo! Los conquistadores de Grecia, de Siria, de Egipto, de Cartago, de España, de Bretaña, de Francia de Alemania; los ejércitos que describen Salustio, César, Tito Livio y Tácito; las falanges de los Escipiones; las masas populares agitadas por Mario; el Patriciado que representaba Sila; el auditorio de Ciceron; las legiones de César; las escuadras de Antonio y Octavio; las haces de Pompeyo; los conjurados con Catilina; y tantos senadores, y tantos tribunos, y los pretores, y los esclavos, y las vestales, y las cortesanas, y los lictores..., todo ha desaparecido como las nubes que se borran en el cielo...

Bajaron del Norte otras razas; vino de Oriente otra Religion; acudieron del Mediodía las tribus agarenas; cubrieron mares de sangre el Occidente de Europa; desbordóse hácia Occidente la nueva civilizacion; surgió la América... y el paganismo en tanto pareció enterrado para siempre...—El mundo se habia cubierto de generaciones espiritualistas (de anacoretas, de trovadores, de caballeros andantes, de religiosos, de cruzados, de escritores místicos, de muchedumbres penitentes, de todo linage de ascetas); el espíritu se habia levantado un momento sobre la materia; todo era olvido y desden ó aborrecimiento y destruccion contra los restos del antiguo mundo; el fuego, el hacha y el martillo se afanaron en destruir, en pulverizar los Templos, los Palacios, los Arcos, las Estátuas, los Circos, todos los vestigios de la Gentilidad...

Pero bajaron las aguas; pasó el caos de la refriega; brilló la luz, y el filósofo tendió una mirada sobre el universo...—Y ¿qué es lo que vió?—Vió lo que yo veia esta noche desde lo alto del *Coliseo*, al rayo de la luna:

vió el paganismo insepulto; los monumentos de la antigua Roma, volviendo á surgir de la tierra; el esqueleto del mundo antiguo, apareciendo de nuevo á los ojos de los mortales; unas ruinas que han vivido más como escombros que todo lo que se construyó sobre ellas; las raíces de aquella civilización, nutridas todavía por la savia vital, retoñando briosas al cabo de quince siglos; caliente rescoldo debajo de las cenizas frías...—el materialismo sobreponiéndose á la idea!

Ya eran las once cuando salí del Anfiteatro.

—¡Al Hotel! le dije al cochero.

Este era ya amigo mio y habia comprendido el objeto de mi paseo nocturno.—Háme traído, pues á la *Plaza de España* por un camino infinitamente más interesante que el que llevamos para ir al Coliseo.—Háme traído por las ruinas de la Roma clásica; por el *Foro Romano*; por el *Capitolio*...

Es decir, que he pasado por el *Arco de Constantino* y por el *Arco de Tito*; por en frente del *Templo de Venus y de Roma* y del *Templo de la Paz*; cerca del *Templo de Remo* y del *Templo de Antonino y Faustina*; al pie del *Palacio de los Césares*; por en medio del *Foro*; por la *Via Sacra* y por delante del *Arco de Setimio Severo*...

Los tres *Arcos* citados se hallan todavía de pie; los *Templos* han sido convertidos en Iglesias cristianas, bien que conservando sus antiguos Pórticos: del *Foro* no queda más que el lugar que ocupaba, llamado hoy por los romanos *Campo Vaccino*, á causa de haber habido allí hace doscientos años un mercado de bestias...

Ya volveré de día á aquellos lugares, y los estudiaré minuciosamente, recordando de paso su historia. Por esta noche me basta con la profunda emoción que acabo de experimentar al subir la cuesta que conduce del *Foro* hasta el *Capitolio*.

Desde aquel paraje se descubren todos los Monumentos que he enumerado, y otros muchos más. Allí es precisamente donde se han practicado mayores escavaciones, haciendo salir de la tierra elegantes Columnatas erguidas sobre sus bases, y otras hechas pedazos y tendidas melancólicamente entre los montes *Palatino* y *Aventino*. Allí se ven las Tres Columnas que restan del *Templo de Vespasiano* (que algunos creen el de *Júpiter Tonante*);—otras Tres Columnas, tambien reunidas y como abrazadas para no caer, del *Templo de Júpiter Stator*;—un grupo de Ocho Columnas del *Templo de la Fortuna*;—el célebre *Tabularium*;—la solitaria *Columna Focas*,—y mil y mil fustes y capiteles rotos y esparcidos por la tierra.

La luna hería de frente las esbeltas y desiguales moles de las columnas que se alzan todavía en aquel campo de desolación; y, al contemplarlas allí abandonadas, solas, en medio de tanta ruina, me parecían tristes huérfanas que lamentaban el hundimiento de sus antiguos hogares. Aquellas Tres de quienes he dicho que se abrazan para sostenerse mutuamente

te, me hacian la ilusion de tres hermanas llorando juntas una misma pena. A otras las he creido blancas vestales que, fieles á su juramento, velan por el *Fuego Sagrado*, despues de tantos siglos como han trascurrido desde que murieron los últimos Grandes Sacerdotes...—¡Oh! quien no haya contemplado un cementerio á la luz de la luna; quien no conozca la fantástica vida que adquiere el mármol cuando lo esclarece el astro melancólico, no podrá comprender todo el misterio, toda la poesía de aquel sublime espectáculo!—La luna es el sol de los que fueron, el alma de la soledad, la única compañera del olvido.—*Roma antigua*, vista de aquella manera, desde lo alto del *Capitolio*, tenia más vida, existia más en mi imaginacion que la *Roma moderna* que se me apareció un momento despues al otro lado de la sagrada cumbre...

Y, sin embargo, el panorama que se descubria desde allí era tambien magestuoso. Casi toda la Ciudad Papal se extendia por aquella parte, coronada de Torres y Cúpulas é iluminada por el astro de la noche, cuyos fulgores reflejaban en la pizarra de los techos, en los cristales de los balcones, en el agua de las fuentes...—En torno mio se alzaban los Palacios que constituyen el *Capitolio* de hoy, dibujados por Miguel Angel: á mi lado campeaba la *Estátua ecuestre de Marco Aurelio*: á mis pies empezaban una vasta escalera y una larga rampa adornadas con las *Estátuas de Constantino y de su Hijo*, con la *Columna miliaria de Vespasiano y de Nerva*, con los *Trofeos de Mario*, y con las célebres Estátuas colosales de *Castor y Polux*...

Pero todo esto no era nada para mí comparado con la sola idea de que estaba en el *Capitolio*, en aquel lugar consagrado á Júpiter por los Tarquinos, en la antigua Ciudadela de Roma, en el Templo de su gloria, tantas veces abrasado por el incendio ó regado de sangre humana; allí donde la Antigüedad divinizó á los guerreros y la Edad-media á los cantores; allí donde fue coronado Petrarca y asesinado Rienzi; allí donde se halla la gran campana que anuncia al mundo la muerte de los sucesores de San Pedro...

Era ya cerca de media noche...

*Namque quiescebant voces hominumque canumque,  
Lunaque nocturnos alta regebat equos:*

del propio modo que la noche del destierro de Ovidio; y

*Hanc ego suspiciens, et ab hac CAPITOLIA cernens,*

(como el infortunado poeta), he acabado por exclamar, dirigiéndome, no á los dioses que él invocaba, sino á él mismo, y al César que lo desterraba, y á todos los grandes hombres de la antigua *Roma* :

*Este salutati tempus in omne mihi!*

Despues de lo cual he vuelto á tomar el coche (que habia bajado del *Capitolio* por la rampa, en tanto que yo bajaba por la escalera), y me he



hecho conducir al Hotel, á tiempo que la luna se ocultaba en Occidente.

Al pasar por la *Piazza Trevi* he oído, más que visto, la célebre *Fuente* del mismo nombre, cuya colosal ornamentación cubre toda la fachada de un Palacio.

Por aquella Fuente fluye hace diez y ocho siglos un río, llamado *Acqua Vergine*, que llega á *Roma* sobre un Acueducto de ocho millas de largo...; y el rumor de sus aguas, cayendo de pila en pila y formando numerosas cascadas, era lo único que se sentía en la Ciudad Eterna á la hora que crucé por allí.

Lo demás yacía en los brazos del sueño ó en el regazo de la muerte.

#### IV.

##### LA BASÍLICA DE SAN PEDRO.

Roma 25 de diciembre.

Vengo de ver la *Basilica de San Pedro*; ¡la Catedral del Mundo!

Digo más: si aquella *Iglesia* de que habló Jesucristo al Príncipe de los Apóstoles pudiera representarse materialmente, nadie me negaría que yo acabo de visitarla.

La *Basilica de San Pedro* se ha edificado sobre el *Circo de Neron*, donde tantos cristianos sufrieron el martirio, y donde se dice que fue enterrado San Pedro despues de padecer muerte en cruz.—Hoy se veneran allí mismo, en un magnífico Sepulcro, parte de los huesos del *Pescador*... —Por consiguiente, la profecía se ha cumplido:—*Pedro* ha sido la primera *pedra* del Templo.

Durante algunas horas, no me he atrevido á decidir qué me impresionaba más en aquellos lugares; si lo que pensaba ó lo que veía; esto es, si la consideración de que me hallaba en el centro y cabeza del Mundo Católico, al lado del Trono de los Papas, ó si el aspecto de aquella gran maravilla artística, de aquel magestuoso Templo, que no tiene rival, ni acaso lo ha tenido en todo el orbe...

En este momento me aventuro ya á asegurar que de todas las emociones que he experimentado esta mañana, la más viva, la más honda, la más punzante era la que me causaba la excelsitud moral de aquella fábrica, su alta significación, lo que representaba sobre la tierra;—y, sin embargo, he admirado también con indecible asombro, aunque profanamente y como artista, la portentosa hermosura y sin igual magnificencia de aquella obra de genios y titanes.—Son impresiones diferentes, y acaso contradictorias; pero inmensas las dos, cada una por su estilo.

Una ordenada y franca relación de cuanto he visto y pensado durante tan solemne visita, hará comprender todo lo que llevo enunciado acerca de la Iglesia de los Papas.—Empiezo, pues, por el principio.

Esta mañana á las ocho había ya estudiado en un *Plano de Roma* el



INTERIOR DE SAN PEDRO EN ROMA.



camino que tenia que seguir desde mi casa hasta *San Pedro*; habia leido la historia de la Basílica, y habia dispuesto mi corazon á las supremas agitaciones que le esperaban.—Para esto último, recapitulé todos mis recuerdos de la niñez y de la adolescencia, evocando las venerables imágenes que cruzaban entónces por mi espíritu siempre que veia *peregrinos* procedentes de Roma; siempre que oia hablar de *dispensas*, ó sabia de *penitentes* que andaban centenares de leguas por alcanzar aquí una Absolucion; siempre, en fin, que leia la historia de las más célebres Excomuniones...

Hechos estos preparativos, salí del Hotel y tomé por la *Via Condotti*.

La *Via Condotti* parte el *Corso* en ángulo recto y continúa hácia el Tiber, por cuya márgen derecha sigue con el nombre de *Via di Tordinona*, la cual termina en la *Plaza del Puente de Sant-Angelo*.

En aquella *Plaza*, ó por mejor decir, en aquel *Puente*, principia la verdadera Roma Papal, la Côte de las almas, la *Ciudad Leonina*, llamada asi desde que Leon IV incluyó aquel Barrio (*il Borgo*) dentro del muro que circumbala á *Roma*.

La *Ciudad Leonina* se compone de la *Basilica de San Pedro*, el *Vaticano*, los inmensos *Jardines Pontificios*, el *Castillo de Sant-Angelo*, el *Hospital de Santo-Spirito*, el *Palacio Torlonia* y unas doce calles que se cortan perpendicularmente.—En aquel barrio vivieron Miguel Angel y Rafael y otros grandes artistas amigos de los Pontífices.—Hoy habita allí la mayor parte de la Curia romana.

No sin emocion pasé, pues, el magnífico *Puente de Sant-Angelo*...; tanto más, cuanto que entre los innumerables proyectos de solucion propuestos por los estadistas para transigir la árdua cuestion del Poder Temporal, hay uno que consiste en establecer en aquel *Puente* la frontera de los dominios del Papa,—que de este modo quedarian reducidos á la *Ciudad Leonina* y á otro Barrio, situado tambien en la márgen derecha del Tiber, y habitado por la más baja plebe de Roma, el cual lleva el nombre de *Trastevere* (1).

El *Puente de Sant-Angelo*, construido por Adriano para dar paso hasta su *Mausoleo*, se hundió en el siglo XV (en ocasion que se agolpaba sobre él una inmensa muchedumbre, que volvia de recibir la Bendicion Papal), sepultando bajo sus arcos ciento setenta y dos personas.—El Papa se apresuró á reedificarlo á sus expensas, y dos siglos despues el famoso arquitecto y escultor Bernini lo restauró tal como hoy se halla, colocando en él las colosales *Estátuas* que lo decoran.

Del otro lado del *Puente* se levanta el *Castillo de Sant-Angelo*, antiguo *Mausoleo de Adriano*, en que se hicieron enterrar tambien sus sucesores hasta Setimio Severo.

El *Castillo de Sant-Angelo* es ahora una fortísima *Ciudadela*, que se comunica con el *Vaticano* por cierta oculta Galería, y sirvió de refugio á

(1) Tras el Tiber.

Clemente VII cuando el Condestable de Borbon asaltó á *Roma* al frente de las tropas de Carlos V.—En una de sus salas fue estrangulado el Cardenal Caraffa por orden de Pio IV.—La susodicha *Galeria* es obra de Alejandro VI, del padre de Lucrecia Borgia.—Por lo demás, nada tan grandioso como la alta mole cilíndrica de ennegrecida piedra, resto del antiguo Mausoleo. ¡Ciertamente, es un sepulcro digno de los Emperadores del Orbe!

Sobre la Fortaleza que ocupa el centro de la majestuosa construcción pagana, hay un *Angel* de bronce dorado, con las alas extendidas.—Este *Angel*, que dá nombre á todos aquellos sitios, tiene la siguiente historia:—Por los años de 600, una terrible epidemia dieztaba la población de *Roma*. El Papa, que lo era á la sazón San Gregorio el Grande, recorría la Ciudad en rogativa, á la cabeza de todo el Clero romano y de un pueblo inmenso, cuando, al pasar cerca del *Mausoleo de Adriano*, se paró de pronto, dió un grito de alegría y levantó los brazos al cielo con verdadero transporte.—Acababa de ver en los aires al *Angel Exterminador*, el cual (dijo S. S.) *envainaba su espada en aquel momento, como en señal de que la peste iba á concluir...*—Y así fué: la peste concluyó á los pocos días.—Mil trescientos cincuenta años despues, Benedicto XIV hacia colocar sobre la plataforma de la colosal Ciudadela el gigantesco *Angel* que hoy la corona, en conmemoracion de un hecho tan peregrino.

Despues de pasar bajo los muros del *Castillo*, guarnecido de centinelas franceses, y dentro del cual resonaban marciales trompetas, penetré en la via de *Borgo-Nuovo...*

Era el instante crítico y solemne...

Al entrar en aquella calle, insignificante y angosta, pero recta y larga, divisé allá..., á su final..., la *Plaza de San Pedro*, la Portada de la *Basilica*, la ingente *Cúpula*, el arrogante *Vaticano...*

¡Oh momento!...—Yo no sé describir lo que pasó por mi alma.—Sólo recuerdo que mi soledad me llenó de tristeza, y que me detuve, y que sentí frio y cansancio, y que hubiera llorado de buena gana...

La calle estaba todavía llena de sombra y humedad.—La *Plaza*, la *Basilica* y el *Palacio* reverberaban al sol como una Ciudad de oro...

Aquella lejana, súbita y radiosa aparición del Pontificado triunfante, tenia algo de vision celeste.—Consoléme, pues, en el acto.—El aspecto de la *Cúpula*, sobre todo, ensanchaba y levantaba mi corazón...—No puedo expresar de otra manera lo que al verla me sucedia.

Entonces logré ya reflexionar y darme cuenta de mis impresiones.—La brillante decoracion que tenia enfrente era el Estrado del Mundo Católico, el Tribunal de las conciencias, el Arca de la Fe.—¿Y yo? ¿quién era? ¿qué era?—En aquel momento no lo sabia.—¡Apelo á Dios, que veria en el fondo de mi alma mis leales intenciones!!—Pero ello es que estaba contento, y que apresuré el paso, con viva ansia de llegar pronto á aquella region de luz y de santidad.

Y ¡cuán larga se me hizo la sombría calle!—A medida que yo andaba, la *Catedral* crecía, la *Plaza* se ensanchaba, la *Cúpula* se perdía en los aires; desarrollábase ante mis ojos la inmensa mole del *Vaticano*, del Palacio habitado por Pio IX; veía brillar el agua de las *Fuentes*; distinguía con más precisión las *Estátuas*, y contemplaba, en fin, con mayor asombro el misterioso *Obelisco*...

Por último, entre en la *Plaza*.

Pasmo, devoción, respeto, admiración, alegría, todo lo experimenté á un tiempo mismo.—Y ¿cómo no?—Me hallaba en frente, no de una Iglesia más ó menos insigne, sino de la IGLESIA misma, de la IGLESIA que se me apareció al cruzar la Campiña de Roma; de la mística *Ciudad* de San Agustín; de la Congregación de los fieles cristianos!—Estaba viendo el Templo-Palacio y el Palacio-Templo; *San Pedro* y el *Vaticano*; la *Catedral* y el Alcázar, reunidos en una sola morada, en que vive y reina la Cabeza visible de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo!...

Pero describamos ante todo la forma material de aquel cuadro.

Tenia delante de mis ojos una extensísima elipse formada por dos Galerías semicirculares, compuestas de cuatro hileras de colosales columnas y coronadas de enormes Estátuas.—Esta elipse, rota en el fondo, daba paso á otra Plaza, en figura de trapecio, al fin de la cual empezaba una amplia Escalinata. Y sobre la Escalinata se levantaba el Templo más grande y venerable del mundo.

Además: en medio de la elipse campeaba, solo y gallardo, un corpulento Obelisco, y á un lado y otro, dentro de los semicírculos trazados por las galerías, se veían... no dos Fuentes, sino dos montañas de agua.—A la derecha del Templo, y fuera ya de la plaza, alzábanse las inmensurables fachadas macizas del *Vaticano*, con sus mil ventanas y balcones...—Y entre todo esto mediaba el espacio, se desenvolvía imponente la distancia, desarrollaba el cielo grandes campos de rutilante azul!...

Pero temo no haber explicado todavía las disformes proporciones del cuadro que se dilataba ante mi vista; y, á fin de que se forme exacta idea de su magnitud, no vacilo en recurrir al árido lenguaje de los números.

Figuraos una elipse, cuyo mayor diámetro mide 758 pies. Imaginaos dos curvas *Galerías* formadas por 284 columnas jónicas. Sobre estas Galerías, cuya altura es de 64 pies, colocad 96 Estátuas colosales de Santos. Allá, á lo lejos, fingios la *Fachada* de la Basílica, de 370 pies de latitud, por 485 de elevación desde su pavimento (ya muy alto) hasta la cruz de la *Cúpula*. A los lados de esta *Fachada* añadid otras dos *Galerías* rectas, formadas por pilastras, y coronadas también de gigantes Esculturas. ¡Contad, entre todas, 192 Estátuas colosales! Reparad en que el agua de las *Fuentes* se eleva 40 pies sobre el suelo. Alzad los ojos hácia la Cruz que corona el *Obelisco* egipcio plantado en medio de la Plaza, y asombraos al ver que el solitario espectro hiende los aires hasta una altura de 140 pies. Advertid, por último, que desde la entrada de la Plaza hasta la Puerta de *San Pedro*, media un espacio de 400 varas...

Mas ni aun asi creo que consigo dar idea de la *grandeza* y el *grandor* de aquel lugar.—¿Qué importan los números ni las medidas, si no puedo hacer ver aquellas masas de piedra, las proyecciones de la luz del sol en las recias columnatas, las amplias líneas con que el Templo y el Palacio se dibujaban en el cielo, el Océano de aire resplandeciente en que nada-ba tanta maravilla, ni mucho ménos el armonioso y bello conjunto de todas las cosas que he enumerado?

Avancemos, pues, hácia la *Basilica*.

Antes de subir la Escalinata que la precede, dirigí una mirada hácia la Galería de pilastras de la derecha, que se encamina á la gran Escalera del *Vaticano*, y ví bajo los Pórticos algunos individuos, vestidos con un pintoresco traje de vivísimos colores y cortado al estilo de la Edad Media, que se paseaban con una alabarda al hombro.—Eran los famosos *suizos* que dan la guardia al Papa.

Continué avanzando.

Al pie de la triple Escalinata por donde se sube á las cinco Puertas de la *Basilica*, hay dos *Estátuas* colosales, una á cada lado, como centinelas avanzados sobre la plaza.—Son *San Pedro* y *San Pablo*; el Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de los Gentiles: las dos grandes columnas de la Fé.

Desde lejos me habia parecido que estas *Estátuas* distaban muy poco del inmensurable Templo. Al acercarme á ellas, comprendí que la meseta de la Escalera que conduce al Atrio, es por sí sola una extensa Plaza, y cada escalon una ancha calle.—¿En cuanto á la *Basilica*, seguia creciendo, segun yo avanzaba, y se me venia encima, como se dice vulgarmente, agobiándome con su enorme pesadumbre!

La Portada de *San Pedro* no es bella desde el punto de vista del arte. Su magnitud carece de grandiosidad. Aquellas columnas adheridas al muro, y la division de este en *puertas* y *ventanas*, son mas propias de un palacio que de un Templo. Lo único que disculpa al arquitecto que la construyó (*C. Maderna*) es la precision en que estaba de colocar en la Portada de la *Basilica* un *balcon* desde el cual bendijese el Padre Santo á la Ciudad y al Mundo el primer dia de Pascua de Resurreccion.

Sobre la balaustrada ó ático se ven trece *Estátuas* gigantescas, que representan á *Cristo* y á los doce *Apóstoles*, y en cada extremo de la misma hay un Reloj.—El de la derecha marca las horas á la italiana; esto es, desde una hasta veinte y cuatro, segun he explicado ya.

La *Catedral*, así por dentro como por fuera, está construida en el estilo del Renacimiento, no habiendo otra razon para que se llame *Basilica* que el haber sido edificada sobre una que habia levantado Constantino,—Su disposicion arquitectónica es de *Catedral*.

Pero dejemos para despues esta y otras cuestiones de arte; y olvidándonos por un momento de la crítica, penetremos ya en *San Pedro* con la

devocion que requiere el caso, más atentos al espíritu de las cosas, que á la forma artística en que hayan sido expresadas.

Las cinco *Puertas* de la Fachada principal dan á un extenso Vestíbulo ó Pórtico, en cuyos extremos laterales se ven dos soberbias *Estátuas ecuestres*: la de *Constantino* y la de *Carlomagno*.—A San Pedro y á San Pablo, cuyas estátuas vimos antes, los llamamos las dos grandes *Columnas de la Eé*.—Constantino y Carlomagno son las dos grandes *Columnas de la Iglesia*; sus paladines en el Siglo.—El uno puso al servicio de la Cruz las águilas romanas, reconoció el Cristianismo, lo levantó sobre su trono, legalizó su existencia en el Imperio: el otro aumentó los Estados de la Iglesia, los defendió, los aseguró.—El primero es el escudo, la egipta de la Iglesia Romana: el segundo, el mantenedor del Reino Pontificio.—Hé aquí por qué los sucesores de San Pedro han dado tan alto testimonio de gratitud á esos dos Príncipes magnánimos y piadosos, de los cuales el uno es el campeón de su Poder espiritual, y el otro el campeón de su Poder temporal.—Como Papas y como Reyes, los Pontífices romanos les debian el alto honor que les han dispensado de admitirlos á caballo en el Vestíbulo de *San Pedro*.

En este mismo Vestíbulo se ven unas antiguas *Lápidas*, procedentes del pórtico de la humilde *Basilica de Constantino*, que ocupó aquel lugar. Entre ellas hay una de mármol negro, en que se lee una *Elegia* compuesta por Carlomagno en 1795, con motivo de la muerte de su amigo el papa Adriano I.

Las lamentaciones del Emperador principian de este modo:

*Post Patrem lachrymans, Carolus, hæc Carmina scripsi,*

*Tu mihi dulcis Amor, te modo plango Pater,*

*Tu memor esto mei, sequitur te mens mea semper:*

*Nomina jungo simul titulis, clarissime, nostra;*

*ADRIANUS, CAROLUS, Rex ego, tu que pater.*

A las cinco Puertas citadas, corresponden otras cinco que dan paso del Vestíbulo al Interior del templo.—Encima de la Puerta de en medio se ve la célebre *Navicella* (la Barquilla de San Pedro) de Giotto, que tambien fue ejecutada para la antigua Basilica.—La cuarta Puerta, contando de izquierda á derecha, está murada, y sólo se abre cada veinte y cinco años para el Jubileo.—Se llama la *Puerta Santa*.

Ya no habia más remedio que entrar. Algunos devotos me marcaban el camino, entreabriendo la cancela de la única Puerta que no se hallaba cerrada... ¡Un paso más, y daban fin los muchos años que habia pasado imaginándome á San Pedro y sin haberlo visto!... Un paso más, y me quedaba en la vida con un misterio ménos en el alma...

Di este paso, y entré.

Toda la magnificencia del Templo se desplegó súbitamente ante mis ojos, y en verdad os digo que ni el Escorial, ni la Catedral de Milan, ni la



Cartuja de Pavía me impusieron, me anonadaron tanto.—¡Cuánta grandeza y cuánta magnitud reunidas! ¡Cuánta riqueza y cuánto arte á un mismo tiempo! ¡Qué armonía, qué hermosura, qué sublimidad!

No: no seguía reverentemente la general costumbre de admirarlo. A mí las rutinas me previenen siempre en contra; y esta prevención, así como los pomposos anuncios, me hacen encontrar pequeñas las cosas más grandes. Yo soy lo bastante sincero para poder confesar en cualquier caso que no abundo en una opinión universalmente admitida... Pero la *Basilica de San Pedro* es *grande* absolutamente y para todos; *grande* para el artista y para el profano; *grande* para el creyente y el escéptico, para el entusiasta y el indiferente, para el que entra en ella preparado á admirarla, y para el que la visitara sin noticia anterior de su existencia.

Suspense, atónito, arrobado quedéme á la puerta, viéndolo todo y no fijándome en nada.—Tres anchas naves; pilares enormes, cuya planta es equivalente á la de iglesias enteras; bóvedas doradas cuya altura asombra; Estátuas colosales de mármol blanco, representando á los *Profetas*, á los *Fundadores de Ordenes Religiosas* y á una multitud de alegres *Ángeles*; pilastras corintias, estriadas, de increíble elevación; los Cuadros más bellos del mundo reproducidos en admirables mosaicos; las *Virtudes*, gigantescas figuras en estuco, adornando los grandes arcos; allá la *Confesión de San Pedro*, ó sea la Tumba de los Apóstoles; allá el magestuoso *Altar Mayor*, aislado sobre el lugar donde se encuentran los brazos de la cruz latina que forma el templo; detrás, el espacioso ábside, *Coro de los Cardenales*, *Salon del trono* de los Pontífices, *Córte* de las almas...—hé aquí las primeras maravillas que fui distinguiendo en la gran maravilla del conjunto...

¡Y todavía no había formado idea de la inmensidad del templo!...—Tal es la armonía, la combinada proporción de todas sus partes.—Pero cuando di algunos pasos dirigiéndome á una *Pila* de agua bendita, sostenida por un *Ángel* de mármol, (graciosa figura que desde léjos me había parecido débil y pequeña como la de un niño de pocos meses) me asombró, primero la distancia que tuve que recorrer para llegar á la Pila, y luego el colosal tamaño de aquel Ángel, cuya mano era tres veces más grande que la que yo alzaba para tomar agua.—Sólo entonces comprendí las ciclópeas dimensiones de la *Basilica*.

En seguida avancé por la gran nave del centro, y, al andar, me parecía que pesaba sobre mis hombros, abrumándolos, la gran cantidad de aire que mediaba entre mi cabeza y las altas bóvedas.—En fin, cuando llegué bajo la *Cúpula*, mi admiración rayó en susto, en vértigo, en estupor.—¡Nunca espacio tan amplio fue robado por el hombre á las regiones serenas de la libre atmósfera!—Diríase que aquella Cúpula ha invadido el cielo azul; lo ha enlazado con la tierra: lo ha encerrado y comprendido en un fanal de mármol, obligándole á servir de techumbre á la Casa del Señor.

¡Loor eterno á Bramante, al soberano artista que imaginó tal portento!

¡Llor á Miguel Angel que lo realizó, que lo dibujó en los aires, que resolvió el temerario problema de levantar, como ha dicho un poeta insigne, el *Pantheon* sobre el *Coliseo*.

La *Cúpula de Brunelleschi* en la catedral de Florencia podrá tener el mérito de la prioridad; pero no impone, no avasalla el ánimo como la de *San Pedro*. Esta es más grande materialmente; arranca de mayor altura; es más armónica en sus proporciones; está más ricamente decorada, y, sobre todo, ostenta, respira, infunde una magestad, un poderío, un sosiego victorioso, no sé qué triunfo, qué paz, qué beatitud agena al mundo de aquí abajo, que solo pueden compararse á las plácidas, solemnes, tranquilas emociones que me causó el aspecto de la cima nevada del *Mont-Blanc*.

«Las nubes ceñían su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguía desdeñosa sobre las tempestades de la tierra.»—Esto dije yo del Rey de los Alpes, y esto podia decirse de la gigantesca bóveda que se levantaba sobre mi cabeza—Por eso tramite al alma tan augusta serenidad, tan inmortal reposo.—La excelsitud material ó moral consuela siempre al hombre, hundido ó miserable en este valle de oscuridad y de tristeza.

Continuemos.

Bajo la soberbia *Cúpula*, es decir; en el terreno que hoy cobija, viéronse en otro tiempo luchas de hombres y de fieras, presididas por Neron, cuyo *Circo* ocupaba aquel mismo lugar: allí sufrió el martirio y fue sepultado San Pedro: allí se alzó (¡cuán humilde!) en el primer siglo de la Iglesia, una *Capilla* consagrada al príncipe de los Apóstoles por su discípulo *San Anacleto*, tercer Papa, que despues fué tambien martirizado: allí erigió *Constantino* la primera Basílica cristiana: allí concibieron Julio II y Miguel Angel la idea del maravilloso Templo que sustituyó á la primitiva Basílica: allí, en fin, bajo la titánica cúpula, que como una ingente corona se ciernen en la soledad de los aires, se ve hoy, al pie del Altar Mayor, la Tumba que encierra los restos de los Apóstoles *Pedro y Pablo*.

Aquella *Tumba* tan venerada, es toda de bronce, adornada con una gran Cruz de oro.—Ciento cuarenta y dos lámparas la alumbran de día y de noche, constantemente, menos el Viernes Santo, que reinan tambien las tinieblas en el sepulcro de los Amigos de Jesus!...—Lo que allí se sienta pudiera expresarse en un himno; pero nó es para explicado en oscura prosa.—Adivínelo vuestra alma.

Delante del Altar que hay en el fondo de este augusto Panteon, se ve una Estátua arrodillada, que reza con las manos juntas, adorando á los Santos Mártires.—Es *Pío VI*, representado por el cincel de Canova.—El cuerpo del Pontífice yace debajo de la Estátua.—¡Pío VI, el gran legislador, el papa liberal, el príncipe patriota, el antagonista de Bonaparte, el prisionero no vencido, el mártir victorioso!...

El *Altar Mayor* de la Basílica, en que sólo el Papa puede officiar, forma un suntuoso tabernáculo de bronce dorado (bronce que procede

del *Pantheon de Agrippa*), de una enorme altura y singular belleza...

Detrás del Tabernáculo sigue la gran nave central, formando una especie de *Salon* de 164 pies de longitud, en cuyo fondo está el *trono del Papa*,—modesto sitial forrado de blanco, símbolo de paz y mansedumbre;—trono de amor, de pureza, de inocencia, de santidad, que me infundió una veneracion jamás sentida para mí delante de los rojos sólios de Reyes y Emperadores.—Y es que en aquel que he llamado *Salon*, mezcla de Palacio y de Iglesia, precedido de un Altar y terminado por otro, en que figura la *Silla ó Cátedra de San Pedro*, se sienten, se tocan á un tiempo mismo el Poder Temporal y el Poder Espiritual de los Papas.—Allí se le guía para este mundo y para el otro.—Por eso en aquella cámara se ven tribunas, escaños, un trono mundanal...., y, por encima, otro más excelso Trono, la *Cátedra de San Pedro* que he citado, la misma *Silla* (dice la tradicion) que perteneció al Discípulo del Redentor del mundo; *Silla* que aparece sostenida por *San Ambrosio* y *San Agustin*, los dos grandes Doctores de la Iglesia Latina, y por *San Atanasio* y *San Juan Crisóstomo*, los dos grandes Doctores de la Iglesia Griega.

La *Cátedra de San Pedro* (que es de madera) se halla encerrada y oculta bajo un Magnífico revestimiento de bronce dorado, obra maestra de Bernini.—; Yo la miraba; y miraba el *Trono Pontificio* colocado debajo de ella; y leía allá en lo alto, en el friso del amplio cornisamento que sirve de base á la Cúpula, estas palabras escritas con enormes caracteres: *Tu est Petrus et super hanc Petran edificabo Ecclesiam meam; et tibi dabo claves regni cœlorum*; y recordaba aquellas otras palabras: *lo que ligares sobre la tierra ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será tambien desatado en los cielos*; y estas aun más espresivas: *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retineritis, retenta sunt*; y pensaba, como por la mañana, en la suprema potestad de que está dotado el Sumo Pontífice; en que tiene por cetro las Llaves del Cielo; en que le compete la remision de todos los pecados; en que su diestra vibra la Excomunion y reparte la Indulgencia; en que su Absolucion dispensa de toda pena y de culpa; en que sus sentencias son infalibles; en que doscientos millones de almas reconocen y acatan esta soberanía espiritual, y en que, una vez recusada por la duda semejante autoridad (escala milagrosa que, como la de Jacob, une la tierra al cielo), nuestra pobre vida quedaria incomunicada con Dios; las tinieblas reinarian sobre el mundo; la tierra se convertiria en un calabozo sin salida; la esperanza no encontraría un sendero por donde buscar la libertad; y la vida seria la desesperacion y la muerte seria la nada!...

Esto pensaba; y ante tales ideas, la gran Basilica me pareció pobre y enana, á causa de su misma soberbia y de su portentosa magnificencia terrenal; esto pensaba, y ante tales ideas, nada encontré á mi alrededor que representase el sacrificio de las vanidades de la tierra, hecho por el alma cristiana á la esperanza de otra mejor vida: esto pensaba, y ya me iba, no queriendo fijar en los graciosos primores de una obra humana una aten-